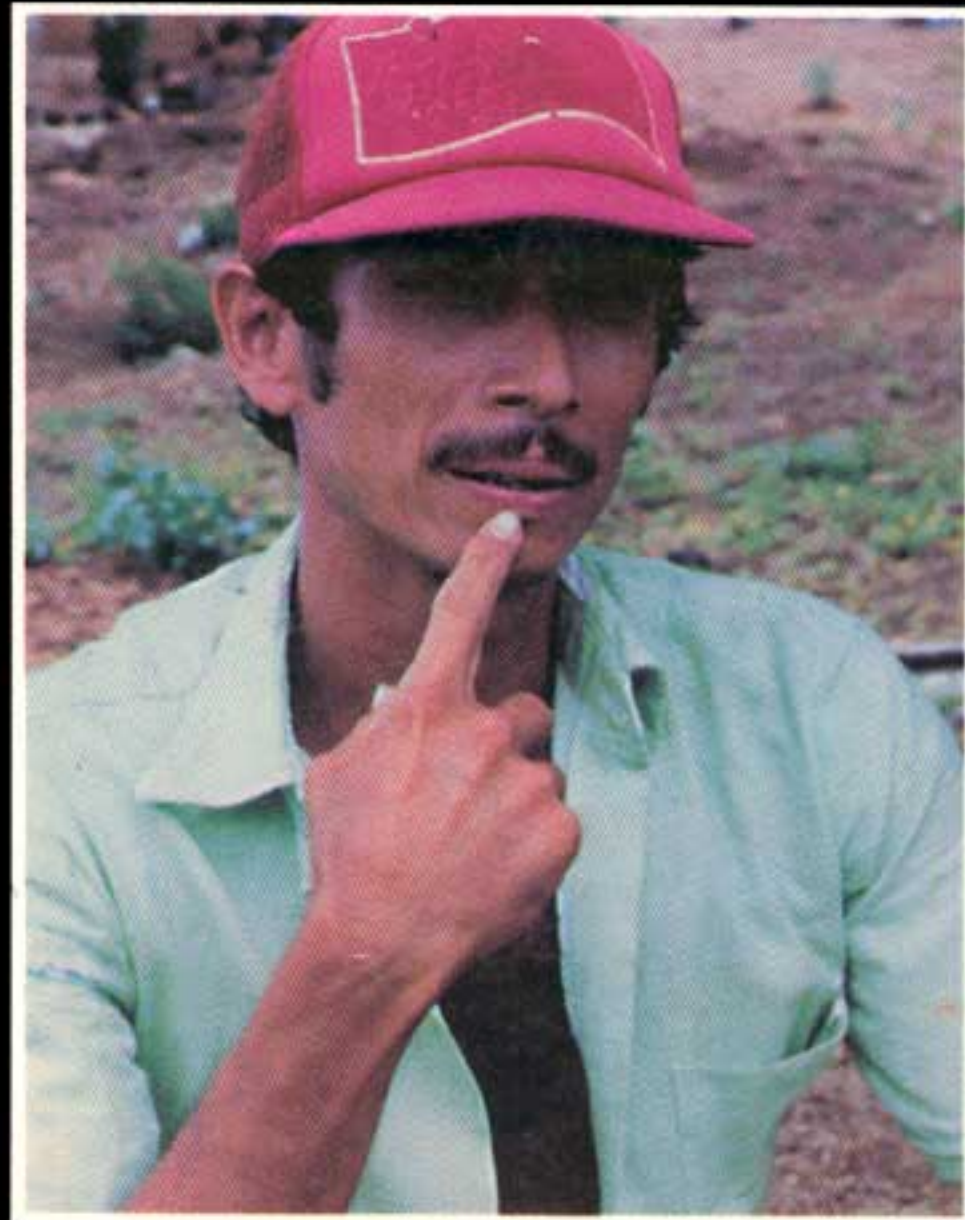


Nadando contra corriente

Buscando pistas para prevenir la violencia masculina
en las relaciones de pareja



Oswaldo Montoya Tellería

PUNTOS
de encuentro

Nadando contra corriente

Puntos de Encuentro



Cómo hacer para que los hombres no sientan que su identidad masculina depende del ejercicio de la violencia física, emocional o sexual hacia sus compañeras y esposas?

La urgencia de contestar esta pregunta guió la presente investigación. Primero se presenta una “radiografía” del mundo interior de los hombres sobre sus expectativas, necesidades y temores en sus relaciones de pareja, que ayuda a entender por qué hay tantos hombres que piensan y actúan violentamente.

Luego, se presenta y analiza las experiencias y reflexiones de hombres nicaragüenses que en cierto sentido “nadan contra corriente”; es decir, hombres que tienen una forma diferente de ser y comportarse en sus relaciones de pareja con mujeres, sin violencia. Y aunque no están totalmente libres de manifestaciones de control y autoritarismo hacia sus parejas, no presentan estos comportamientos de manera sistemática.

Debido a que los “contra corrientes” tienen mucho en común con el resto de los hombres, el gran desafío es encontrar lecciones en sus experiencias y perspectivas para incidir en los otros hombres, y así contrarrestar la violencia masculina en sus relaciones de pareja.

PUNTOS
de encuentro

NICARAGUA

COLECCION
PUNTOS
EN AGENDA



N
305.3
M798 Montoya, Oswaldo.
"Nadando contra corriente": Buscando pistas para prevenir
la violencia masculina en las relaciones de pareja / Oswaldo
Montoya Tellería.—
Managua: Puntos de Encuentro, 1998
152 p.:il. "Puntos en Agenda", No.4

1. VIOLENCIA CONYUGAL-NICARAGUA
2. MUJERES-CONDICIONES SOCIALES
3. MACHISMO

Colección Puntos en Agenda, No.4

Asistente de investigación

Juan Jiménez Vásquez

Producción

Julieta Bendaña y Amy Bank

Diseño y diagramación

Sorah Broder

Fotos

Julieta Bendaña

Foto de la portada

Mercedes Campos

Apoyo financiero

One World Action (OWA)

Autoridad Sueca para el Desarrollo Internacional (ASDI)

Para la reproducción total o parcial del contenido de esta edición,
solicitar autorización a:

Puntos de Encuentro

De Plaza España 4c. abajo 1c. al lago

Apartado Postal RP-39

Managua, Nicaragua

Telefonos (+505) 266-6233 · 268-1227 · 268-3094

Fax: (+505) 266-6305

Correo electrónico: puntos@puntos.org.ni

URL: <http://www.puntos.org.ni>

© 1998 Fundación Puntos de Encuentro

Contenido

1 Introducción	1
2 Perspectiva teorica	11
Dominacion masculina y violencia	13
La identidad masculina hegemonica en Nicaragua	15
Planteamiento y objetivos de la investigacion	21
3 Metodología	25
Participantes	27
Técnicas de recolección de información	33
Estrategia de análisis	35
4 Los hombres en relaciones de pareja con mujeres	39
¿Qué quieren los hombres de sus relaciones de pareja?	43
¿Qué temen los hombres en sus relaciones de pareja?	52
Los hombres y la violencia conyugal	58
5 El caso de los hombres "no violentos"	65
La práctica no violenta	69
• <i>La forma de ser en la relación de pareja</i>	69
• <i>Manejo de conflictos</i>	76
• <i>Resistencia a las presiones para actuar a lo macho y ser violento</i>	83
Buscando "causas": algunos factores comunes en los hombres "no violentos"	87
• <i>Facilitadores de la práctica no violenta</i>	87
• <i>Algunas características personales</i>	96
• <i>Experiencias de vida significativas</i>	101

Vivencias: beneficios y costos de la práctica no violenta	105
• <i>Beneficios percibidos de la práctica no violenta</i>	105
• <i>Dificultades, dudas y contradicciones</i>	108
Reflexiones finales sobre los hombres “no violentos”	112
• <i>Lo patriarcal de los hombres “no violentos”</i>	112
• <i>Dándole forma a los datos</i>	116
6 Conclusiones	125
Las masculinidades y nuestros proyectos de cambio	128
Semejanzas y diferencias entre los hombres	131
Lo pendiente en agenda	134
Bibliografía	139

Agradecimientos

ESTE LIBRO ES FRUTO DE UN ESFUERZO colectivo en el que de una u otra manera han participado la mayor parte de mis colegas de la Fundación Puntos de Encuentro. En ese esfuerzo colectivo fue concebido este proyecto de investigación, y a lo largo de todo este proceso fue necesario un diálogo permanente sobre el qué, el cómo, para qué y con quienes hacer la investigación. Sin embargo hay algunos agradecimientos particulares que no quiero omitir.

Agradezco particularmente a Juan Jiménez (Johnny), asistente de investigación y mi compañero en el programa de “Masculinidad” de Puntos. Además de asumir muchas responsabilidades del programa; su eficiente labor fue clave para organizar el trabajo de campo, conducir entrevistas, facilitar el trabajo de los otros entrevistadores y aportar al ordenamiento y análisis de los datos.

Ana Criquillion, Vilma Castillo, Melody Ross, Humberto Abaunza, Olimpia Linares, Evelyn Flores, Irela Solórzano, Eva Thune, Rubén Reyes, Teresita Hernández, Joke Langbroek, Jeaneth Corrales y Verónica Campanile aportaron con ideas, sugerencias y críticas a los borradores de esta publicación, ya sea en la metodología, la perspectiva teórica, el análisis y presentación de los resultados o las conclusiones. Rubén Reyes, del programa de Capacitación a Jóvenes, fue decisivo para ordenar y analizar las memorias de talleres educativos

con hombres, que se constituyeron en una importante fuente de información para este estudio.

Amy Bank, coordinadora del área de Comunicación de Puntos de Encuentro, merece una mención muy especial. Para este estudio, Amy fue mi interlocutora más directa y permanente. Durante el proceso ella discutió y aportó a los innumerables productos intermedios que se derivaron del proyecto y al producto final que este libro representa. Aunque al fin y al cabo me responsabilizo por el contenido del producto final, quedo tremendamente endeudado por sus brillantes aportes a este trabajo.

Finalmente quiero reconocer el apoyo brindado por Julieta Bendaña para la producción de este libro y el trabajo de María Eugenia Leytón y Lisette Robelo, quienes en todo momento aseguraron los recursos materiales, financieros y logísticos que este proyecto demandó.

A mis compañeros del Grupo de Hombres contra la Violencia de Managua que formaron parte del equipo de entrevistadores; Vinicio Buitrago, Jairo Sequeira y Xavier Muñoz, que no se limitaron a realizar y grabar sus entrevistas, sino que aportaron al diseño de la investigación y a la construcción de las guías de entrevistas. Después de realizadas las entrevistas, Vinicio Buitrago continuó aportando en el proceso de ordenar y analizar las entrevistas.

Un especial agradecimiento a una amiga y aliada de Puntos de Encuentro, Mary Ellsberg, investigadora social que con sus conocimientos sobre violencia doméstica en Nicaragua nos ayudó a definir el rumbo de esta investigación. También agradezco a Isabel Mejía, Bianka Mangas y María

Antonia López por trabajo de transcripción. Gracias a Nidia Aróstegui de la Casa de la Mujer del Sauce, Adolfo Díaz del programa “Campesino a Campesino” de la UNAG Rivas, a Haydeé Castillo y Yovira Merlo de la Fundación para el Desarrollo de las Mujeres y la Niñez (FUNDEMUNI), de Ocotal, y a Rita Muckenhirn de la Cuculmecca, Jinotega. Todas estas personas nos ayudaron a generar la muestra de participantes.

Un agradecimiento muy especial para cada uno de los hombres que aceptaron ser entrevistados. Sin su confianza y apertura para abordar sus experiencias y vivencias en sus relaciones de pareja, no habría sido posible presentar ahora estos resultados.

Finalmente, quisiera agradecer el apoyo brindado por One World Action-OWA y la Autoridad Sueca para el Desarrollo Internacional-ASDI, quienes financiaron este proyecto.



@ en una palabra escrita significa . . .

Muchas personas ya no queremos utilizar la forma masculina de una palabra si nos referimos tanto a mujeres como a hombres. El lenguaje con que nos comunicamos es sexista cuando hablamos de “nosotros”, que es una palabra en masculino, queriendo englobar a hombres y mujeres, cuando decimos “el hombre” para referirnos a la humanidad, cuando decimos ella es médico, por ejemplo. Ahora tratamos de decir “todos y todas”, “maestras y maestros”, “trabajadores y trabajadoras”, “amigas y amigos”, “niños y niñas”.

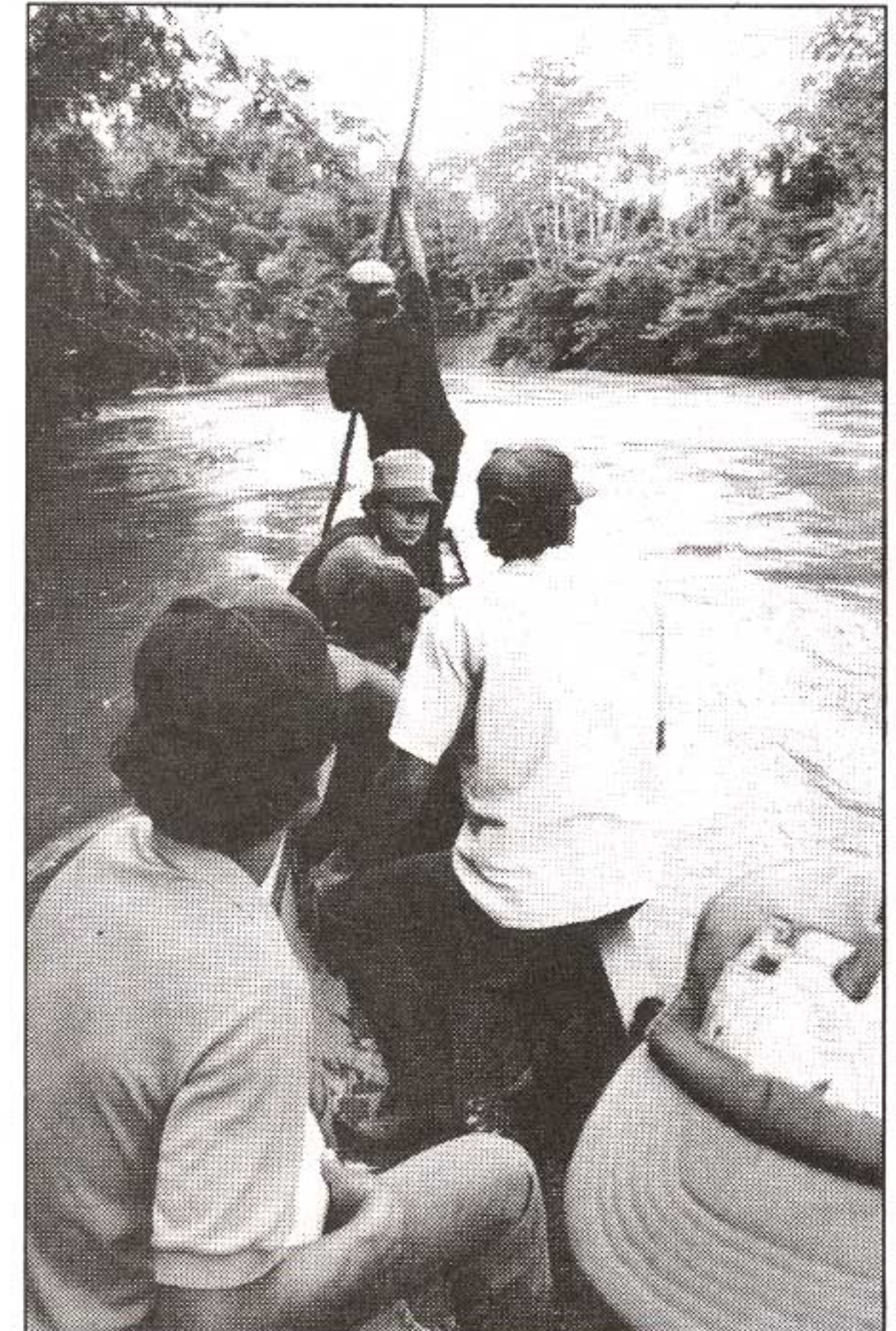
Pero también es cierto que es cansado decir siempre la forma femenina y masculina, y peor aún cuando es por escrito: toma mucho espacio! Como una alternativa para resolver el problema en el lenguaje escrito, algunas personas han comenzado a utilizar este símbolo – @ –, que equivale

a una arroba, pero también se puede interpretar como una combinación de una “a” y una “o”.

Ahora en lugar de escribir “las hijas y los hijos” podemos escribir “l@s hij@s” y cuando lo leemos se interpreta como “las hijas y los hijos”. Cuando veamos esta @ en una palabra entenderemos que se refiere a los dos sexos, aunque su limitante es que siempre deberá pronunciarse en su forma masculina y femenina.

Ciertamente se ve extraño, pero podemos acostumbrar nuestra vista y nuestra mente a este nuevo significado. Así resolvemos—por lo menos en parte—el problema del lenguaje sexista y ahorramos mucho espacio.

Introducción



|

Introducción

“LA VIOLENCIA CONTRA LA MUJER Y LOS MENORES desde hace varios años ha venido sufriendo un incremento sostenido en el país”, escribe uno de los diarios nacionales en su edición del domingo 8 de Marzo de 1998, día internacional de la mujer. El artículo reporta una entrevista con la capitana Ileana Tórrez, jefa nacional de la Comisaría de la Mujer de la Policía Nacional, quien afirma que en 1997 las diez comisarías que funcionan a nivel nacional recibieron 8,821 denuncias efectivas. De éstas, 1,457 casos reportan víctimas con lesiones físicas. Los principales hechores de estas lesiones fueron los esposos.

Una encuesta representativa realizada por el BID (1998), revela que el 52% de las mujeres de Managua entre los 15 y 49 años de edad que viven en relaciones de pareja han sufrido

algún tipo de abuso (físico, psicológico o sexual) por parte de sus compañeros durante los últimos 12 meses.

El estudio “Confites en el Infierno” (1996), realizado a partir de una muestra representativa del municipio de León, concluyó que una de cada dos mujeres ha sido maltratada físicamente alguna vez por su marido.

¿Qué pasa entonces con todos estos hombres que alguna vez prometieron amor a sus parejas y terminan siendo la principal amenaza a su seguridad emocional y física? En Puntos de Encuentro consideramos que la violencia de los hombres es la manifestación más extrema del dominio masculino sobre las mujeres.

La violencia en las relaciones de pareja es un problema de poder y control. Se alimenta de las estructuras sociales de opresión en que vivimos –basadas en desigualdades de género, clase, edad, etnia y opción sexual, entre otros. Se alimenta también de una historia nacional de guerras y resolución de conflictos políticos y sociales por el uso de la fuerza y la imposición. Hombres y mujeres aprendemos y practicamos esta lógica de relaciones humanas basadas en el poder y control sobre otras personas, sin embargo en los hombres el ejercicio de este tipo de poder para dominar y mantener privilegios se convierte casi en criterio obligatorio para nuestra identidad como género masculino.

Puntos de Encuentro –como organización feminista que aporta al empoderamiento de mujeres y jóvenes– desde hace cinco años realiza un trabajo de educación antisexista y en contra de la violencia con los hombres nicaragüenses porque creemos que ser hombre no tiene ni debe significar ser vio-

lento: “No hay nada esencial o fundamental acerca de ser hombre que impida vivir en formas no opresivas y saludables”, afirman Orkin y Flood (1998), dos especialistas en estudios de masculinidad.

Esta visión positiva y optimista hacia los hombres ha sido un aliciente para organizar talleres educativos con hombres y con grupos mixtos; participar en el Grupo de Hombres contra la Violencia de Managua, aportar a la opinión pública con análisis críticos sobre el machismo, y emprender este proyecto de investigación sobre los hombres y la violencia conyugal.

Esta investigación es parte de una estrategia institucional de Puntos de Encuentro cuya finalidad es aportar conocimientos que apoyen el diseño de mensajes y campañas educativas contra la violencia intrafamiliar. Los resultados de este estudio serán uno de los insumos para diseñar una campaña dirigida específicamente a hombres, y con ella esperamos llenar un vacío de trabajo educativo a la opinión pública para prevenir y contrarrestar la violencia masculina en las relaciones de pareja. Creemos que una campaña de este tipo será una importante contribución a las luchas que lleva a cabo el movimiento de mujeres para erradicar la violencia intrafamiliar. Y así mismo será un aporte al trabajo que actualmente realizan los grupos de hombres contra la violencia.

En nuestra estrategia institucional buscamos la complementariedad del trabajo de los diferentes equipos. A la par que realizábamos este estudio, otr@s colegas de Puntos de Encuentro finalizaron una investigación con mujeres maltratadas que dará insumos para diseñar una campaña de educación pública orientada a mujeres. Esta campaña pro-

moverá el rechazo activo a la violencia. Esta fue una de las razones por las que nos centramos en la violencia conyugal y no en otras formas de violencia masculina que también urge abordar.¹

El enfoque, los objetivos y la perspectiva teórica de esta investigación fueron objeto de intensas discusiones dentro del colectivo de Puntos de Encuentro. Por ser un tema novedoso, el diseño de esta investigación nos llevó a varios debates teóricos sobre las distintas maneras de analizar las identidades de hombres y mujeres, la relación entre el trabajo antisexista con hombres y la lucha feminista, y la validez de “reformas” en la masculinidad patriarcal. Estos y otros debates están todavía en proceso dentro de nuestros equipos de trabajo. En medio de estas discusiones, tomamos decisiones operativas en relación al diseño específico de esta investigación.

Decidimos realizar entrevistas en profundidad con hombres que viven con mujeres en relaciones de pareja y que representan uno de dos grupos masculinos:

1. Hombres que ejercen de manera sistemática algún tipo de control y maltrato (sea físico, emocional o sexual) contra sus parejas. (Partiendo de estudios nacionales sobre prevalencia del maltrato doméstico (Morrison, et.al, 1998; Ellsberg, et.al, 1996), podemos inferir que éstos representan la mayoría de la población adulta masculina en Nicaragua).
2. Hombres que no practican de manera sistemática este tipo de relación, y que para este estudio y por fines ex-

clusivamente operativos hemos denominado hombres “no violentos”.²

Otra importante fuente de información para esta investigación fueron las memorias de talleres y encuentros educativos con hombres, realizados por Cantera, el Grupo de Hombres contra la Violencia de Managua, y por la Fundación Puntos de Encuentro.

El objetivo de estudiar a los hombres que llamamos “no violentos” fue de aprender de sus experiencias para encontrar nuevos elementos que nos ayuden a realizar nuestro trabajo educativo con los hombres que maltratan. Quisimos saber cómo se manifestaba la práctica no violenta de los hombres en sus relaciones de pareja, cómo se sostenía –tomando en cuenta el contexto cultural violento y machista en que vivimos– y cómo los mismos hombres reflexionaban sobre ese estilo de vida.

Al estudiar a hombres que ejercen maltrato sistemático contra sus parejas, buscamos comprender sus expectativas y temores en las relaciones de pareja, así como sus percepciones sobre la violencia conyugal. Creemos que conocer en profundidad sus ideas sobre las relaciones de pareja es vital para el trabajo educativo y que las campañas de educación contra la violencia deben tomar en cuenta sus preocupaciones, miedos y necesidades para tener mayor impacto.

En ese sentido, una pregunta central de esta investigación fue ¿qué podemos aprender de los hombres “no violentos” que nos sirva para persuadir hacia un cambio a otros hombres que maltratan cotidianamente a sus parejas?

Con estos fines, este estudio profundiza mucho más en el análisis de los hombres “no violentos” que en el de los hombres que maltratan. Con los primeros realizamos más entrevistas y obtuvimos información más completa de sus historias de vida, características personales y formas de comportarse en sus relaciones de pareja.

Otra razón para obtener más información de los hombres “no violentos” fue que casi no contamos con información sobre ellos. Se han realizado más investigaciones sobre hombres maltratadores y muy pocas sobre aquellos que no lo son, aún cuando éstos últimos podrían ser una rica y útil fuente de conocimientos para proyectos de intervención contra la violencia masculina.

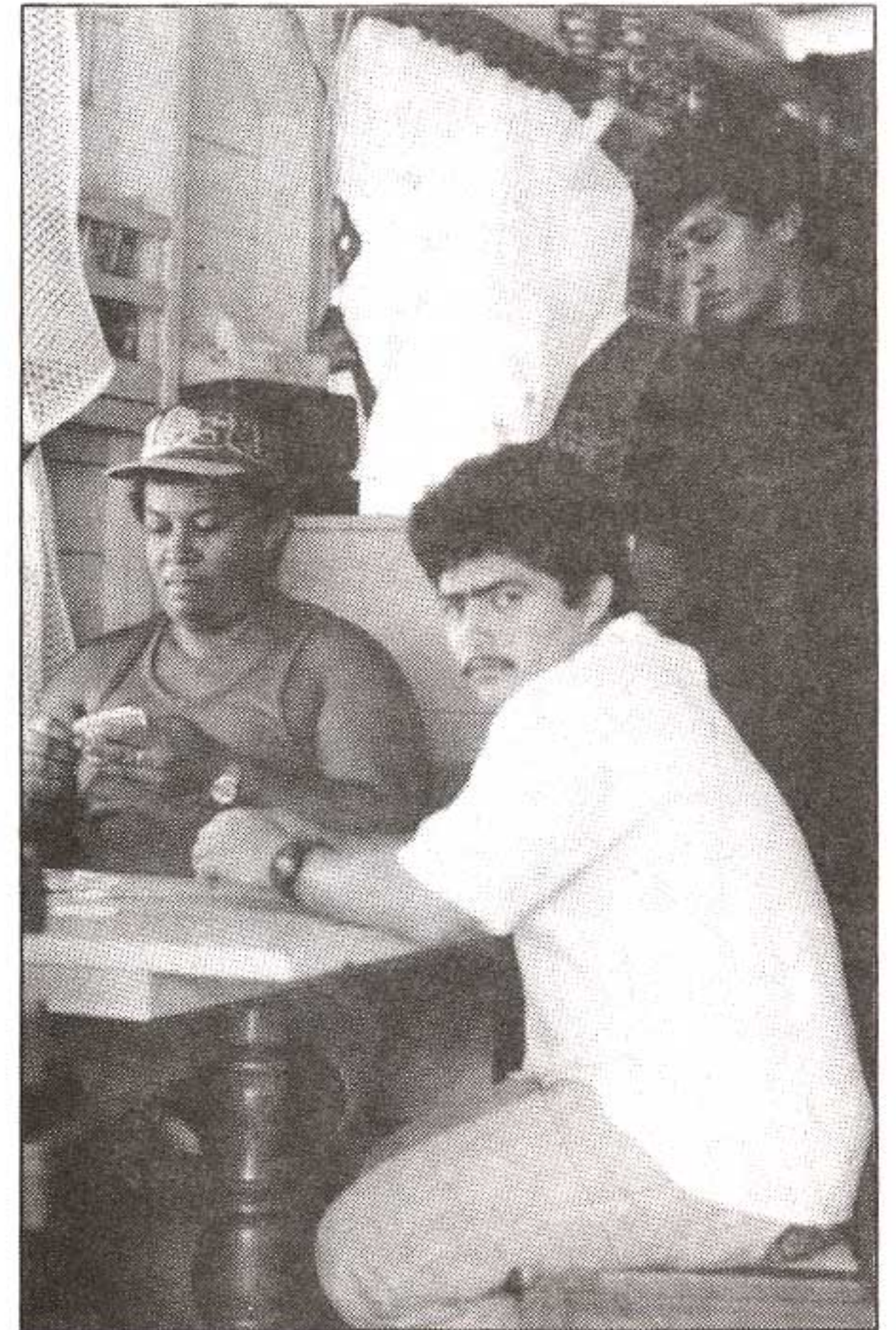
Finalmente, esperamos que este libro dé luces y pistas a otras personas y organizaciones comprometidas con la prevención de la violencia masculina, para sus propios trabajos de educación y búsquedas de cambio con los hombres nicaragüenses.

Notas

1. Para este proyecto de investigación tuvimos que limitarnos a estudiar la violencia de los hombres hacia sus parejas mujeres, pero creemos que parte de los conocimientos aquí generados pueden contribuir a entender la violencia de los hombres en relaciones de pareja con otros hombres, además de la violencia de los hombres hacia otras mujeres que no son sus parejas. Reconocemos la importancia de abordar *todas* las formas de la violencia masculina, incluyendo la ejercida contra niñ@s y jóvenes.
2. No estamos satisfechos ni con el concepto ni con la etiqueta de “no violentos” porque parece muy categórico, cuando creemos que de alguna forma todos los hombres, por la socialización machista que recibimos, tenemos algunos rasgos, actitudes, deseos, impulsos o conductas que podemos valorarlas como violentas.

2

Perspectiva teórica



2

Perspectiva teórica

DOMINACION MASCULINA Y VIOLENCIA

Nuestro punto de partida para estudiar a los hombres es el reconocimiento de relaciones desiguales de poder entre los géneros, que ubica a los hombres en posiciones de privilegio y dominación sobre las mujeres. Los privilegios masculinos se manifiestan en el mayor acceso por parte de los hombres a recursos materiales y simbólicos –tales como salarios, propiedades, puestos públicos, credibilidad– y en cómo los hombres somos exceptuados de responsabilidades que la sociedad considera fastidiosos y de menor valor, como el trabajo doméstico. La dominación a las mujeres se manifiesta –entre otras cosas– en el control masculino sobre el tiempo, el trabajo, los bienes, la movilidad, y los cuerpos mismos de las mujeres. El patriarcado, en tanto “espacio histórico del poder masculino”

(Lagarde, 1990), es el orden social y cultural que institucionaliza y normatiza la dominación y los privilegios masculinos.

Los hombres nos beneficiamos del sistema patriarcal y por lo tanto somos sus más fieles defensores. Las mujeres son perjudicadas por este sistema, condición que explica por qué han sido el sujeto social que históricamente ha promovido su transformación. Este es un hecho estructural independientemente que existan hombres individuales a favor de las transformaciones de género y mujeres individuales que defienden las relaciones de género tradicionales (Connell, 1995). Asimismo, los privilegios masculinos son un hecho estructural que ocurre junto al daño humano experimentado por los mismos hombres como consecuencia de nuestra condición masculina patriarcal (Kaufman, 1991). Sea que tengamos conciencia o no de los privilegios masculinos, sea que los cuestionemos o rechazemos, los hombres vivimos en un mundo que nos privilegia en relación a las mujeres.

Ante esta estructura de desigualdad entre hombres y mujeres, la violencia masculina no resulta casual. Entendemos por violencia masculina, todo acto de agresión física, verbal, psicológica, sexual o económica ejercida por los hombres contra mujeres, niños, niñas y contra otros hombres en un esfuerzo por afirmar poder y dominio sobre los demás. La violencia de los hombres contra las mujeres ha sido uno de los principales instrumentos de preservación del sistema patriarcal y, a su vez, es un reflejo de su crisis de legitimidad. Si el sistema de dominación masculina gozara de total consenso y aceptación, quizás la violencia como mecanismo de perpetuación del sistema no tendría sentido.

Aquí encontramos un paralelo con otros sistemas de dominación humana, como las desigualdades de clase, de raza, de edad y de opción sexual. En cada una de estas estructuras de poder, los grupos dominantes ejercen violencia contra el grupo dominado como forma de preservar el sistema y como un reflejo del conflicto de intereses entre grupos en desiguales relaciones de poder.

También es importante reconocer que el sistema de géneros interactúa con la opresión de clase, de raza, edad y opción sexual –entre otros– y además, el género siempre está presente en los otros sistemas de opresión. Tal a como lo plantea Lagarde (1990), “el poder patriarcal no se expresa sólo en sí mismo, sino que siempre se presenta articulado con otros poderes”. El capitalismo y el patriarcado, por ejemplo, se necesitan mutuamente para su continuidad. Esto permite entender por qué el sistema patriarcal no sólo es la dominación de los hombres a las mujeres, sino la dominación de unos hombres sobre otros, e incluso, el privilegio de algunas mujeres sobre algunos hombres (por desigualdades de clase, por ejemplo).

LA IDENTIDAD MASCULINA HEGEMONICA EN NICARAGUA

A pesar que en un mismo contexto sociocultural existen diversas definiciones sobre lo que significa “ser hombre” (Edley y Wetherell, 1997), siempre prevalece una forma hegemónica de masculinidad que es asignada y que nos sirve de “medida” a los hombres individuales. La masculinidad hegemónica

es la forma “legítima” de ser hombre en un determinado contexto sociocultural (Connell, 1995); es decir, la que predomina y ejerce una mayor influencia en la cultura y la vida de los hombres. Es una identidad masculina asignada por la cultura y el medio social que se presenta en formas de exigencias y prohibiciones. Nos exige ciertas formas de comportarnos y nos prohíbe otras.

Confundiendo el sexo biológico masculino con la construcción social de la masculinidad, se nos dice que “lo normal” y “natural” es que los hombres tengamos comportamientos, funciones, actividades, formas de pensar, capacidades, saberes, deberes y derechos diferentes a las mujeres. Pero no sólo diferentes, sino excluyentes y además inscritos en un sistema de valores jerárquico, donde unas características son consideradas superiores (la de los hombres) y otras inferiores (la de las mujeres).

Sin embargo, cuando le preguntamos a los hombres ¿qué significa para vos ser un hombre? nos damos cuenta que no todos respondemos lo mismo. Cada uno tiene su propia percepción y vivencia particular de lo que significa “ser hombre”. Cada uno vive ese “deber ser hombre” de la masculinidad hegemónica de manera distinta de acuerdo a sus otras condiciones de vida determinadas por la clase, raza, etnia, edad, preferencia sexual, época histórica, etc.

La autoidentidad –es decir, la percepción de sí mismo– se conforma por la conciencia que el sujeto tiene de sí mismo en su relación con el mundo, pero también se construye a partir de la identidad asignada por la cultura y el medio social. A nivel individual, vamos formando nuestra

autoidentidad en un proceso de socialización: Comienza desde la infancia y se construye mediante la participación en diversas instituciones sociales, tales como la familia, los medios de comunicación, la escuela, la relación entre pares, organizaciones religiosas, laborales y deportivas.

Para entender la vida de los hombres nicaragüenses, es importante entonces, desmenuzar cuales son los atributos de masculinidad más importantes exigido a los hombres. En nuestra sociedad, al igual que en otros países, prevalece una forma hegemónica de masculinidad que influencia profundamente la identidad de cada hombre. A continuación se presenta algunos de esos atributos de la masculinidad hegemónica en Nicaragua.

La heterosexualidad es una de las más importantes exigencias a los hombres. Hablamos entonces de una heterosexualidad obligatoria. Se espera de los hombres demostrar su hombría a través de relaciones eróticas con las mujeres y a través de la procreación (Lagarde, 1993). Además, los hombres tenemos que ejercer la heterosexualidad desde una relación de dominio hacia las mujeres. Debemos apropiarnos del cuerpo de las mujeres y demostrar poderío sexual, siendo “potentes”, llevando la iniciativa, teniendo relaciones sexuales con muchas mujeres y preñándolas. Así, los hombres que “tienen” mujer y que “les tienen” hij@s ofrecen a los demás visibles pruebas de masculinidad. Desde el modelo hegemónico, la homosexualidad es una práctica ilegítima masculina. Los hombres aprendemos a rechazar y temerle a la homosexualidad –lo que se llama homofobia– porque se supone que si un hombre tiene relaciones con otro hombre,

debe “ser mujer”, y “lo femenino” siempre es considerado inferior. En este sentido, la homofobia internalizada es una clara muestra de misoginia.

Otro atributo de la masculinidad hegemónica es el ejercicio de una ocupación remunerada. Los hombres necesitan de un trabajo, o un oficio, que les garantice un lugar en la vida pública (en oposición a la vida privada-doméstica considerada como femenina) y que les posibilite ser proveedores económicos y propietarios de bienes materiales. Es tan importante el trabajo para la masculinidad que la experiencia de desempleo crónico puede provocar en los hombres una grave crisis en su identidad masculina.

La práctica heterosexual y el trabajo remunerado, por lo tanto, son dos principales fuentes de autoridad y poder de los hombres. En el lenguaje popular, diríamos que el hombre que “trabaja, que se hace de una mujer, y que le tienen hijos” es un verdadero hombre. Se espera que con su trabajo remunerado pueda ofrecer una seguridad material a su mujer e hij@s, ya sea como único proveedor económico, o al menos como el principal. No alcanzar el estatus de hombre trabajador, quien además es cónyuge y padre, puede ser visto como una forma de desviación social, de enfermedad, o como “inmadurez”.

De lo anterior se desprende que el modelo hegemónico masculino supone también la adultez. Por su condición de edad, el “cipote” y el “chavalo” –o en términos más formales, el niño y el joven– no pueden ejercer el poder patriarcal masculino sobre otros hombres y mujeres que sean mayores que ellos. (Excepto en algunos casos de hombres y

mujeres con menor poder por condiciones particulares de vida, tales como ancian@s y personas con discapacidad). Por lo tanto, los varones “menores de edad” son uno de los sujetos de la opresión patriarcal masculina adulta, porque “ser hombre” es ser adulto.

La masculinidad hegemónica en Nicaragua sigue estando asociada con la violencia. Ser hombre ha significado ser violento, agresivo, dispuesto a no dejarse “irrespetar”. Parte fundamental de la identidad masculina ha sido el derecho y el deber a ejercer violencia sobre l@s otr@s con menor poder, sea por su posición de clase, raza, edad, género, etnia, nacionalidad, etc. Violencia entre los mismos hombres (ej. los últimos 15 años de guerra armada que vivimos en Nicaragua y los pleitos entre pandillas juveniles); violencia contra las mujeres (ej. el maltrato conyugal); y violencia contra niñas y niños (ej. abuso infantil físico, sexual y/o psicológico) son diferentes aspectos de la violencia masculina. La violencia es una experiencia común para los varones desde muy temprano en nuestras vidas a tal punto que llega a convertirse en uno de los principales mecanismos de socialización masculina.

Tanto en el saber popular como en las ciencias sociales la violencia masculina se considera como una de las principales dimensiones del *machismo*. Esto no significa que la práctica machista siempre incluye la violencia física, ya que muchos hombres son vistos como machistas por su excesivo autoritarismo y arrogancia en el trato con mujeres aún cuando no las agreden físicamente. El machismo puede entenderse como un tipo de identidad masculina patriarcal en la cual

hay una excesiva preocupación por preservar la imagen o apariencia de ser “muy hombre”¹ (Lancaster, 1993). Estas demostraciones de hombría deben hacerse sobre todo ante otros hombres, a través del ejercicio de conductas estereotípicamente asociadas con la masculinidad dominante: consumo de licor, promiscuidad sexual, deportes, juegos de apuestas, y dominación a mujeres (que puede incluir el maltrato físico). En el machismo, la preocupación por diferenciarse de lo femenino llega a niveles de fanatismo. Todo lo asociado con “mujer” es despreciado e inferiorizado, mientras todo lo asociado con “hombre” es exaltado.

En definitiva, la identidad masculina hegemónica en nuestro país sigue apuntando hacia el ejercicio del poder y control sobre otr@s. Dominar, mandar, representar, protagonizar, poseer, se constituyen en las fuerzas motivacionales más importantes de la masculinidad hegemónica.

Sin embargo, ningún hombre personifica este tipo de masculinidad de manera absoluta. Quizás algunos poderosos empresarios, hombres de altas esferas del estado, dirigentes políticos o deportistas exitosos concentren un buen conjunto de poderes que son atributo de la masculinidad hegemónica, pero es imposible tenerlos todos. La masculinidad hegemónica se convierte en un ideal que nos afecta, que tratamos de imitar, pero que termina siendo inalcanzable. El alto índice de desempleo que vivimos en el país, por ejemplo, es una de esas barreras estructurales que impiden a miles de hombres nicaragüenses afirmar su identidad masculina.

Pero aparte de lo inaccesible de la masculinidad hegemónica por impedimentos estructurales o condiciones

personales de vida, muchos hombres parecieran resistir –intencionalmente o no– el modelo hegemónico de masculinidad, o algunos aspectos de este modelo. Resistencia al modelo puede significar simplemente no intentar seguirlo, o puede significar un cuestionamiento o desafío consciente a su legitimidad, afirmando otras formas de ser hombre. Además, resistir al modelo hegemónico masculino no significa necesariamente transgredirlo en su totalidad, ni mucho menos subvertirlo. Lo más probable es que muchos hombres resistamos a partes del modelo mientras que en otras partes del mismo seamos sus fieles seguidores.

PLANTEAMIENTO Y OBJETIVOS DE LA INVESTIGACION

En esta investigación estudiamos a dos grupos de hombres. Un grupo resiste un aspecto del modelo hegemónico al no ejercer sistemáticamente violencia contra sus parejas mujeres; el otro grupo “obedece” más fielmente el modelo al maltratar de manera sistemática a sus esposas o compañeras. No se trata, sin embargo, de dos prácticas y mentalidades masculinas mutuamente excluyentes. Todos los hombres se ubican dentro de un continuum de dominación masculina (Adams, 1991), con la diferencia que unos han interiorizado más cabalmente el mandato hegemónico patriarcal, y otros menos. Nuestro interés con la investigación es doble: por un lado hacer una primera “radiografía” de las necesidades y expectativas de los hombres en relaciones de pareja que son una manifestación de la masculinidad hegemónica patriar-

cal; y por otro, entender la práctica masculina no violenta que se *desvía*, parcialmente, de ese modelo hegemónico. Por lo tanto, los objetivos que perseguimos fueron los siguientes:

Objetivos Generales

- Aprender de la experiencia de hombres que no practican violencia contra sus parejas para encontrar elementos que nos ayudarán incidir en la transformación del modelo hegemónico masculino—el cual tiene en el uso de la violencia una de sus principales manifestaciones.
- Obtener insumos para el diseño de una campaña educativa dirigida a hombres que contribuya a prevenir y contrarrestar la violencia en sus relaciones de pareja.

Objetivos Específicos

- Identificar componentes esenciales de las expectativas y temores masculinos en las relaciones de pareja con mujeres y sus efectos en la violencia conyugal.
- Identificar factores personales y sociales que fomentan en los hombres una práctica no violenta en sus relaciones de pareja.

Notas

1. Hay múltiples definiciones de machismo y la que aquí se presenta es tan sólo una de éstas, en la cual machismo se asocia con demostración y exhibición de rasgos dominantes hacia las mujeres, l@s niñ@s y otros hombres. En la base de esta definición de machismo está la tesis que detrás del hombre machista hay un ser frágil e inseguro de su masculinidad. Otras definiciones de machismo son más generales y equiparan el término con toda expresión de la masculinidad patriarcal. Para esta investigación, el machismo es sólo *un tipo* de masculinidad patriarcal.

3

Metodología



3

Metodología

EL PROCESO PARA OBTENER LA MUESTRA de participantes, las técnicas utilizadas para recolectar la información y la estrategia de análisis de los datos fueron realizadas desde la perspectiva cualitativa de investigación social. Valoramos que la mejor forma de cumplir con nuestros objetivos de investigación era si utilizábamos métodos cualitativos. Este capítulo describe las principales decisiones y pasos metodológicos que nos permitieron conducir este proyecto de investigación.

PARTICIPANTES

Los participantes en este estudio fueron hombres nicaragüenses que en la actualidad conviven en relación de pareja con una mujer. De esta población masculina, dos grupos

fueron objeto de estudio: a) hombres que ejercen de manera sistemática algún tipo de maltrato en su relación de pareja; b) hombres que *no* ejercen de manera sistemática algún tipo de maltrato contra sus parejas (los que llamamos hombres “no violentos”, como se explicó en la introducción del libro y se explicará en el capítulo “El caso de los hombres no violentos”).

Selección de los hombres que no ejercen maltrato sistemático

La obtención de una muestra de hombres “no violentos” para ser entrevistados fue uno de los desafíos más grandes que enfrentamos. Primero porque había que construir criterios para decidir qué comportamientos y actitudes debe tener un hombre para ser considerado “no violento”. No hay consenso social—ni en la población en general, ni en las ciencias sociales o más específicamente en la literatura feminista—sobre qué características debe tener un hombre “no violento”. Y segundo, porque una vez con los criterios a mano, fue difícil identificar a estos hombres. Por ejemplo, ¿Cómo estar seguros que los hombres seleccionados realmente cumplían con los criterios que establecimos para ser considerados “no violentos”?

La muestra de participantes la generamos por conveniencia, usando los contactos formales e informales que tenemos como Fundación Puntos de Encuentro. Divulgamos una carta pública entre organizaciones y personas afines a nuestro trabajo en donde pedíamos referencias de hombres

“no violentos” para ser entrevistados como parte del proyecto de investigación. En la carta explicamos los criterios que los candidatos debían tener para ser incluidos en la muestra de participantes. Estos criterios fueron:

- En su relación de pareja, no ejercen violencia física ni sexual, ya sea porque dejaron de ejercer estos tipos de violencia o porque nunca la han ejercido. Si en el pasado se comportaron violentamente, deben tener *al menos* tres años de no ejercer violencia.
- En su relación de pareja, no son autoritarios, ni controladores. O al menos, ejercen *muy pocas* conductas autoritarias o controladoras¹.
- No incurren de manera *frecuente o habitual* en conductas que consideramos violencia emocional, tales como burlas, gritos, críticas destructivas, culpabilización, chantaje, o desprecio a su pareja.
- No abusan del alcohol o de otras drogas, ni mantienen algún otro hábito (ej. apuestas) que signifique una constante amenaza para la economía familiar

Un criterio adicional fue que los hombres *no* hayan participando en talleres educativos de sensibilización sobre género, masculinidad y/o violencia, y que tampoco pertenecieran a organizaciones masculinas pro-feministas (como los Grupos de Hombres contra la Violencia). Consideramos que muchos de estos hombres ya han desarrollado un discurso político directamente influenciado por la perspectiva feminista y

nosotros más bien queríamos conocer de la experiencia de aquellos que no han sido directamente influenciados, que son la gran mayoría de los hombres nicaragüenses.

A partir de la divulgación de la carta pública solicitando referencias de hombres que llenaran tales criterios, formamos un lista de candidatos para la muestra (alrededor de unos 20 hombres). Por lo general, personas de organizaciones locales nos propusieron hombres que ell@s consideraban cumplían los criterios que buscábamos. De esta lista entrevistamos a 15 hombres, tratando de garantizar diversidad en cuanto las regiones donde viven, edades y nivel de educación formal. Dado que el factor decisivo para entrevistar a estos hombres fue la referencia de terceras personas que no pertenecen al núcleo familiar de ellos, todavía existía un gran margen de duda si los hombres eran realmente “no violentos” (de acuerdo a nuestros criterios), o si se trataba sólo de hombres con una buena imagen pública incongruente con su comportamiento dentro del seno familiar. Así que el “verificador final” para ser definitivamente aceptado en la muestra de los hombres “no violentos” fue la primera sesión de entrevista (hicimos dos sesiones de entrevistas con cada participante, lo cual será explicado en el apartado de “técnicas de recolección de datos”). Además, al final de la primera sesión de entrevistas administramos un cuestionario que le llamamos “Identificación de Comportamientos en Relaciones de Pareja”. Con este instrumento indagamos la ocurrencia y frecuencia de actos de control, imposición, violencia emocional, física y sexual de parte de los hombres en contra de sus parejas desde que iniciaron su

relación de pareja hasta la actualidad. En este segundo “filtro” (compuesto por la primera sesión de entrevista y el uso del cuestionario) excluimos a cuatro de los hombres entrevistados, quedando la muestra definitiva de los “no violentos” en once hombres.

Los datos personales básicos de estos once hombres que finalmente formaron la muestra de los “no violentos” es la siguiente:

Departamentos de procedencia	
Hombres de Managua	4
Hombres de otras regiones del país	7
<i>(En total, entrevistamos hombres de siete departamentos: Managua, Masaya, León, Nueva Segovia, Matagalpa, Rivas y la RAAS)</i>	
Zonas de procedencia	
Hombres de ciudad	7
Hombres de zonas rurales y semi-rurales	4
Escolaridad	
Hombres con escolaridad básica <i>(hasta 6to grado de primaria)</i>	3
Hombres con escolaridad media <i>(secundaria o técnica)</i>	3
Hombres con escolaridad superior <i>(estudios universitarios o técnicos superiores)</i>	5

Edades

Hombres entre 20 y 29 años	3
Hombres entre 30 y 39 años	4
Hombres entre 40 y 49 años	3
Hombres entre 50 y 59 años	1

Selección de los hombres que ejercen maltrato sistemático

Antes de formar una muestra de hombres que ejercen maltrato sistemático contra sus parejas, analizamos las memorias de talleres sobre masculinidad en la cual centenares de hombres nicaragüenses han participado. Centramos nuestro análisis en las expectativas y temores de los hombres en sus relaciones de pareja y sus vínculos con la violencia conyugal. Para complementar este análisis, conducimos entrevistas en profundidad con cinco hombres que ejercen maltrato sistemático contra sus parejas. La selección de estos hombres fue también por conveniencia. Los miembros del equipo de investigación que participaron en el trabajo de campo seleccionaron a estos hombres mediante referencias de terceras personas. Estuvimos conscientes del tamaño limitado de la muestra de participantes, pero pensamos que combinando la información obtenida de las memorias de talleres y de las entrevistas nos permitiría hacer una primera “radiografía” de las expectativas y temores masculinos en las relaciones de pareja.

Excluimos de la muestra a hombres perpetradores de violencia física caracterizados por una alta frecuencia o severidad en su agresión contra sus parejas. Aunque es urgente y necesario profundizar en las creencias, actitudes y prácticas de estos hombres altamente violentos, nosotros no pretendemos incluirlos como grupo meta en nuestra futura campaña de educación pública. Pensamos que en el caso de estos hombres las campañas masivas tendrían poco impacto, y que más bien se requiere de otras estrategias más directas de intervención, incluyendo las que se ejercen desde el sistema judicial.

Datos básicos de los 5 hombres que ejercen maltrato: 2 de la ciudad de Managua, 3 de otros municipios o departamentos; 4 en las edades entre 30 y 40 años, 1 entre 20 y 29 años; 4 escolaridad media, 1 escolaridad básica.

TECNICAS DE RECOLECCION DE INFORMACION

La técnica fundamental que utilizamos fue la conducción de entrevistas individuales en profundidad, de carácter abiertas y semi-estructuradas. Un equipo de cinco entrevistadores varones condujo las 16 entrevistas (11 entrevistas con hombres “no violentos” y 5 con hombres que ejercen maltrato sistemático). Los cinco entrevistadores son miembros del “Grupo de Hombres contra la Violencia” de Managua. Además de sus experiencias previas en la conducción de entrevistas, decidimos contratar a estos compañeros por sus conocimientos sobre el tema de la violencia masculina.

Con los hombres “no violentos” realizamos dos sesiones de entrevistas, con una hora y media promedio de duración

de cada sesión, y con dos a tres semanas de diferencia entre las sesiones. Los objetivos de la primera sesión de entrevistas era de naturaleza más descriptiva y se dividía en dos partes: a) Lograr la narración de experiencias de vida que pueden haber influenciado el comportamiento no violento en sus relaciones de pareja; b) Lograr la narración del tipo de relación de pareja que los hombres establecen en la actualidad.

Todas las entrevistas fueron grabadas y luego transcritas. Para diseñar la guía de las segundas sesiones de entrevistas analizamos la transcripción de las primeras sesiones. El objetivo de las segundas sesiones tuvo un énfasis más reflexivo e interpretativo. Buscamos cómo provocar la reflexión del entrevistado sobre sus experiencias en una relación de pareja, y particularmente sobre lo que él cree son las causas y consecuencias de comportarse “no violento”.

Las entrevistas con los hombres que ejercen algún tipo de maltrato contra sus parejas fueron de una sola sesión. Al igual que con los “no violentos”, el foco central de la entrevista fue sobre sus relaciones de pareja, pero no usamos la misma guía de entrevista. Con estos hombres exploramos su historia de relaciones de pareja, tratando de identificar expectativas, necesidades y temores recurrentes en sus relaciones amorosas con mujeres.

Además de las entrevistas, analizamos información proveniente de 22 memorias de talleres sobre masculinidad que han realizado Puntos de Encuentro, Cantera o el Grupo de Hombres contra la Violencia en el período comprendido entre 1992 y 1997. En estos talleres educativos han participado centenares de hombres a nivel nacional (con un promedio

aproximado de 30 hombres en cada taller), provenientes de diversas clases sociales, de diferentes edades y lugares de residencias (campo y ciudad).

ESTRATEGIA DE ANALISIS

El análisis de las entrevistas y memorias de talleres fue influenciado por el modelo de análisis cualitativo llamado “Teoría Fundamentada” (Grounded Theory - Strauss, 1990). Esta estrategia de análisis privilegia el desarrollo de conceptos provenientes de los datos empíricos analizados, y no de categorías teóricas existentes. Al fragmentar segmentos de las entrevistas y reagruparlos de acuerdo a diferentes categorías temáticas se va profundizando en el análisis de los datos hasta llegar a proposiciones que integren, sintetizen e identifiquen los ejes esenciales para la comprensión del material analizado. El método de Teoría Fundamentada resulta muy apropiado para analizar procesos y cambios en la vida social.

Este proceso de análisis inductivo –de los datos a la formulación de conceptos– no significa que nuestra perspectiva teórica no influya el análisis de los resultados. Es imposible despojarse del bagaje teórico y la visión política para interpretar datos empíricos de una investigación. Sin embargo, el modelo de análisis que utilizamos no parte de hipótesis derivadas de teorías que buscan respaldo en datos empíricos. Por el contrario, los datos empíricos que analizamos son la base para construir hipótesis. Además, el énfasis dado al análisis de los resultados fue a nivel descriptivo, y no

teórico. Ante todo, buscamos como identificar y categorizar los comportamientos, experiencias, actitudes, reflexiones y opiniones de dos diferentes grupos de hombres nicaragüenses.

En el caso de las entrevistas con los hombres “no violentos”, las categorías temáticas que sirvieron para organizar y analizar los datos fueron las siguientes: “Experiencias de vida significativas”; “Razonamientos sobre Violencia”; “Grupos/personas importantes”; “Procesos de cambio personal”; “Beneficios de la práctica no violenta”; “Costos/dificultades de comportarse no violento”; “Conciencia de ser no violento”; “Práctica no violenta”; “Conflictos de pareja”; “Presión machista”; “Cualidades personales”. En el caso de las entrevistas con los otros hombres y del análisis de las memorias de talleres, utilizamos tres categorías centrales de análisis: a) Expectativas y necesidades en relaciones de pareja; b) Temores; c) Percepciones y actitudes sobre violencia conyugal.

Es importante aclarar que para esta investigación no pretendimos realizar un análisis comparativo entre los dos grupos de hombres estudiados. Nos concentramos, más bien, en un análisis de elementos esenciales para comprender cómo cada grupo concibe y se comporta en sus relaciones de pareja con mujeres. El siguiente paso en nuestro proyecto institucional de investigaciones para campañas educativas con los hombres será establecer ese análisis comparativo, lo cual implicará obtener información empírica similar y comparable de cada grupo de hombres.

Por su naturaleza exploratoria y cualitativa, todas las proposiciones y conclusiones en esta investigación son provisionales y deben estar sujetas a nuevos estudios empíricos

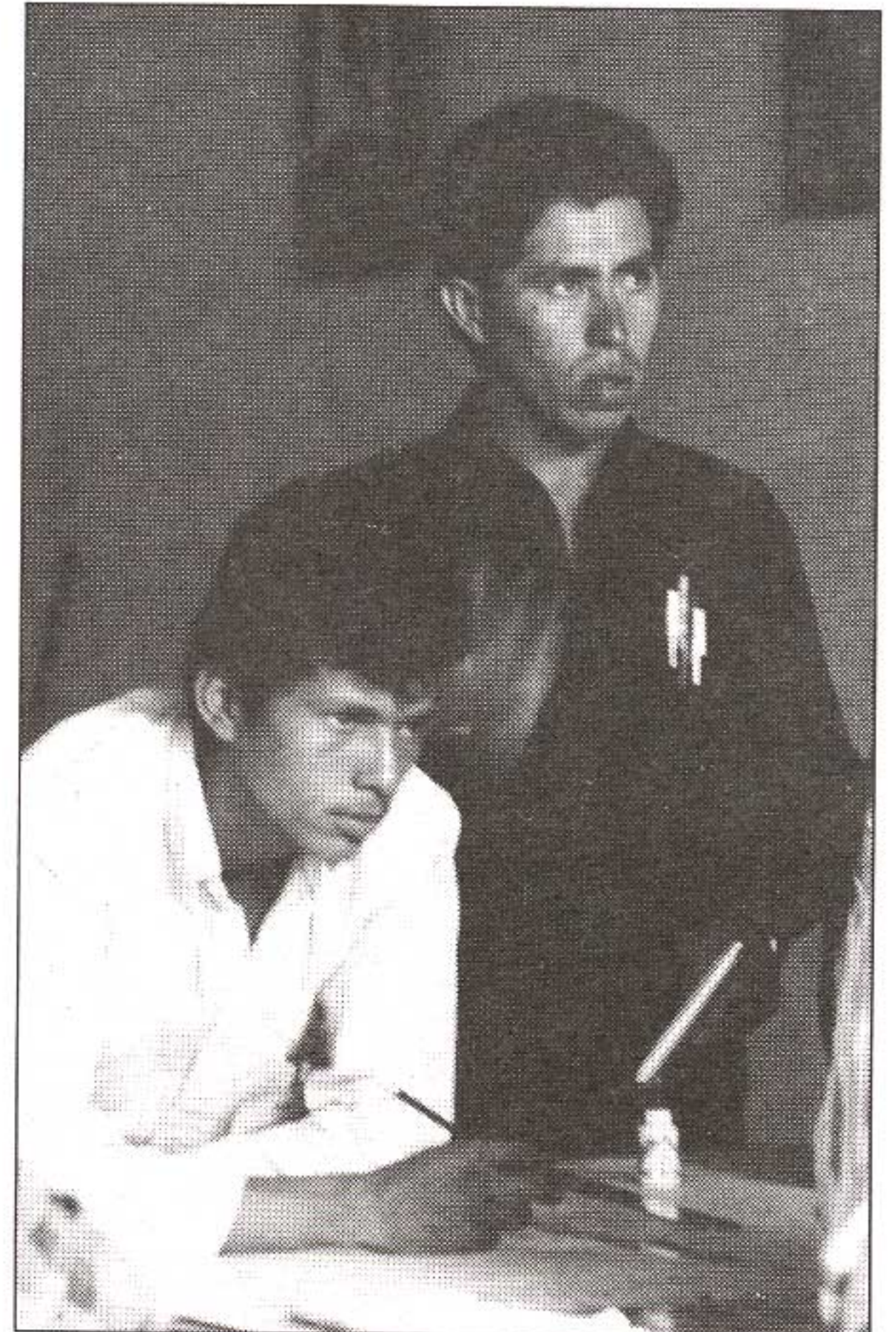
con estos hombres que ayuden a reformular o complementar los resultados que presentamos. No somos nosotros, quienes conducimos este estudio, los que podemos proclamar la validez de estos resultados, sino aquellas personas que al leerlo encuentren resonancia a sus propias experiencias de trabajo o interacción con los hombres nicaragüenses. En última instancia, las posibilidades de aplicación exitosa de estos resultados será el factor crucial que determinará si fueron o no válidos los conocimientos aquí presentados.

Notas

1. Ejemplos de conductas autoritarias: no tomar en cuenta opinión de su pareja; imponer decisiones; privilegio en la selección de programas de radio o televisión; privilegio en formas de recreación; sentirse único representante de la familia. Ejemplos de conductas controladoras: exigir a pareja que explique sus gastos y cómo usa el dinero; intentar decidir en las amistades de su pareja; celos constantes y excesivos; vigilar a pareja; prohibirle que use cierto tipo de ropa; decidir horas de salida y llegada a la casa; impedir que trabaje fuera de la casa.

4

Los hombres en relaciones de pareja con mujeres



4

Los hombres en relaciones de pareja con mujeres

EN ESTE CAPÍTULO SE PRESENTA la información que obtuvimos de los hombres que ejercen de manera sistemática algún tipo de control y maltrato (físico, emocional o sexual) contra sus parejas mujeres. Además de las entrevistas en profundidad con estos hombres, la información presentada parte de la revisión de 22 memorias de talleres sobre masculinidad realizados en Nicaragua. Nuestro análisis trató de responder a las siguientes preguntas:

- ¿Qué quieren los hombres de sus relaciones de pareja?
- ¿Qué temen los hombres de sus relaciones de pareja?
- ¿Qué pasa con los hombres y la violencia conyugal?

Cualquier intento de respuesta a estas preguntas pasa por atreverse a generalizar sobre los hombres nicaragüenses

que viven en relaciones de pareja con mujeres. Esto constituye un problema, pues existen muchas diferencias entre los hombres. Pero a pesar de la diversidad masculina, no podemos negar la existencia de normas y expectativas sociales aprendidas por la mayoría de los hombres nicaragüenses. Por otro lado, es importante aclarar que no es que cada hombre en concreto encarna *todas* estas expectativas y temores. Lo que aquí se describe es una integración de características encontradas en diferentes hombres, que en su totalidad creemos marcan una tendencia en las expectativas y temores de los hombres en relaciones de pareja con mujeres.

¿QUE QUIEREN LOS HOMBRES DE SUS RELACIONES DE PAREJA?

Identificamos seis temas recurrentes sobre lo que los hombres buscan y esperan de sus relaciones de pareja. Estos temas son:

1. Que la esposa lo atienda (*servidumbre femenina*)
2. Que la esposa lo entienda (*resignación y tolerancia femenina*)
3. Ser el que dirige la relación (*pasividad femenina*)
4. Que la esposa dependa de él (*dependencia femenina*)
5. Que la esposa sea “fiel” (*control de la sexualidad femenina*)
6. Que “le tenga” hijos (*fecundar como prueba de virilidad*)

Que la esposa lo “atienda”

Los hombres quieren recibir atenciones y servicios (sobre todo domésticos) de sus parejas. Esperan que ella “haga cosas que lo agraden”. La forma de lograr estas expectativas es si ella se convierte en una “mujer de hogar”. Los hombres satisfechos con sus esposas por su cualidades como servidoras domésticas así las describen:

Mi mujer no toma ni fuma, no te visita el vecino, no le gusta andar en cuentos y es dedicada a su casa. Entonces considero que mi mujer más o menos reúne algunas cualidades de una mujer de hogar. (comerciante, 38 años, urbano)

Yo llegaba por ejemplo en la tarde de aquí de trabajar. Ya cuando llegaba, ya estaba lista la cena, listos mis zapatos, mis calcetines, mi short . . . yo le digo, ‘amor mi cena’. Y ella me dice, ‘esperate ya voy’. (teñidor, 33 años, urbano)

Ella me quiere, usted viera cómo se porta conmigo, ella trata de agradarme. (mecánico, 23 años, rural)

La mujer-esposa releva a la mujer-madre en sus funciones como servidora de los hombres:

El hombre necesita de la mujer, no que la vas a tener como esclava, sino que necesita de la mujer. Porque la mujer está al cuidado de la ropa, de la comida, porque para mi la madre no es una obligación estar cocinando todo el tiempo, pero tu mujer sí. (técnico agrícola, 26 años, rural)

En el centro de esta expectativa masculina (que la mujer lo atienda) existe el deseo que la vida de su esposa o compañera gire en torno a él. Que en el centro de la vida de ella, esté él . . . y luego sus hijos, y su hogar, y no otros intereses personales ajenos a su relación de pareja:

Siempre fue mi deseo tener a mi pareja en mi hogar. No solamente porque me sea necesario en los asuntos personales, que me tenga que arreglar mi ropa, sino porque para mi siempre fue una fijeza. Es decir, yo salgo a trabajar, yo estoy seguro de que yo llego al hogar y yo tengo a alguien ahí, y esa persona ahí esta esperando que en un momento determinado me va a atender. (técnico agrícola, 26 años, rural)

Muchos hombres pueden hacer concesiones a sus esposas, siempre y cuando su devoción al hogar sea lo primario:

La mujer debe tener oportunidades, debe desarrollarse, debe ser capaz de poder desarrollar algunas actividades en favor de ella misma (. . .) pero que esa necesidad de desarrollarse y todo no la desligue de la responsabilidad de su familia (. . .) en la actualidad es el conflicto que yo tengo. (técnico en atención familiar, 36 años, urbano)

Estos hombres no se oponen a que su esposa trabaje, siempre que no descuide sus responsabilidades como “mujer de la casa”. Otra concesión es que él puede “ayudarle” a ella en el trabajo doméstico,

Yo le ayudo a mi mujer cuando estoy de balde, pero no voy a llegar a cocinar después de venir de trabajar cuando ella ha pasado todo el día en la casa. Una cosa es ser buena gente y otra cosa es ser baboso. (participante en un taller - datos desconocidos)

Que la esposa lo “entienda”

Que entienda que él tiene sus actividades e intereses en la vida pública, necesidades de recreación y libertad como “hombre” y que tiene mayores necesidades sexuales (o por lo menos que entienda que es más “débil” sexualmente que las mujeres). Si entendiera esas cosas, ella no reclamaría tanto. El interpreta los reclamos de ella como una *desconsideración* de su parte, y como ganas de buscar pleito. Un hombre, por ejemplo, cuenta lo que le responde a su esposa cuando comienza a reclamarle:

Ya comenzaste a discutir y hablar. Yo los fines de semana los ocupo para descansar porque trabajo toda la semana y yo creo que es justo, necesito descansar. (teñidor, 33 años, urbano)

Este hombre desea poder regresar a su casa y que no le protesten, que no le “hagan clavo”. Un argumento usado por él y por muchos hombres para lograr que la esposa “se calme” es el siguiente:

Vos me conociste como era yo, andaba en la calle, andaba con amigos y vos nunca me reclamaste eso de que yo andaba de vago ¿Y porqué hasta ahora me reclamás? Me lo hubieras reclamado cuando comenzamos.

Si los problemas de pareja persisten, entonces es necesario que *ella cambie* (pues ella es vista como la problemática, al no ser “comprensiva”). Este mismo hombre cuenta con satisfacción esa “mejora” de su esposa:

Ahora no, ahora yo le digo ‘mirá por favor alistame la ropa voy a salir’, o ‘mañana no vengo tengo que ir a hacer algo’. ‘Si está bien’. Ella ha cambiado en un 100%.

Ser el que dirige la relación de pareja

El mandato patriarcal de dominar a las mujeres obliga a los hombres a “llevar las riendas” en la relación de pareja:

... Porque yo no voy a dejar que ella tome las riendas en esto si yo soy el hombre, yo soy el que puedo decidir, el

que tengo que decidir porque yo considero que yo estoy más empapado (comerciante, 38 años, urbano)

Este hombre cuenta y francamente de su satisfacción porque su pareja lo miraba como su líder:

Yo sentía que ella me daba a mí todo el poder de decisión. Me decía, ‘bueno amor si vos crees que eso es lo más conveniente o lo más correcto pues hagámoslo’. Eso me hacía sentirme realizado.

El hombre necesita “ser tomado en cuenta”, es decir, que ella no se “salte las trancas”. Ella debe casi pedir autorización para decidir cosas. Quiere que las decisiones o iniciativas de la esposa primero sean consultadas con él:

‘Date cuenta de que yo soy tu esposo, soy tu marido, que vos sos para mí y yo soy para vos, que nosotros tenemos un valor aquí’. Entonces ahora ella me toma en cuenta, ha reflexionado y lo ha retomado en la actualidad.

La mujer debe “portarse bien”. Que no le reste autoridad. Que respete sus decisiones. El hombre tiene que ser el guía:

El hombre siempre está pensando y . . . las soluciones las tiene que dar el hombre, en el sentido de . . . solucionar los problemas . . . La predominancia del hombre tiene que ser superior que la predominancia de la mujer. (técnico agrícola, 26 años, rural)

En muchos casos, la mujer puede mandar pero sólo en el sentido de ser administradora de la casa. Esta necesidad de dirigir la relación de pareja es central para la identidad masculina. En los talleres sale a menudo como respuesta a que demuestren su masculinidad. El título de “hombre” da los derechos para dirigir la relación de pareja. Un ejemplo más:

Muchas veces la mujer quiere tener al hombre por su dominio pero tampoco ella va a ser superior a mí. Realmente la mujer por mucho que piense no está para que domine al hombre . . . el hombre tiene todos los derechos, las razones para ser hombres, para predominar. (técnico agrícola, 26 años, rural).

En síntesis, los hombres sienten la necesidad de dirigir y controlar su relación de pareja porque se ven a sí mismos como superiores a las mujeres.

Que la esposa dependa de él

Los hombres necesitan saber (y sentir) que sus esposas los necesitan, en términos tanto prácticos como afectivos. El arreglo de pareja que mejor garantiza esta situación es cuando ellos son los proveedores económicos del hogar (ya sea el principal o el único). Para muchos, está bien que la esposa “ayude” económicamente al hombre en caso de necesidad (a como el hombre “ayuda” a la mujer en el trabajo doméstico cuando ella está muy atareada).

Que ella sea “fiel” (pero él no)

Yo me sentiría mal de que ella me lo hiciera a mí. Lo bueno es que yo le caigo bien a ella y no me reprocha nada. Quizás porque ella sabe cómo soy yo, mujeriego. Yo le digo a ella que tengo dos vicios: fumar y las mujeres. (mecánico, 23 años, rural)

Solo una parte de los hombres se jactan de mujeriegos, mientras esperan exclusividad sexual de sus esposas. Otros hombres afirman no serlo ni pretenderlo. Pero eso sí, ellos se reservan el derecho, como género masculino, de tener relaciones con otras mujeres, si así lo desearan:

Ella cometió el error de meterse con otro estando conmigo. Y cuando se pierde la confianza se pierde el amor . . . por lógica desde el momento que ella jala con otro estando conmigo ya no me gusta, porque yo como hombre sabiendo que soy hombre y sabiendo que no tengo ninguna dificultad de tener cualquier novia, cualquier mujer estando con ella no lo hice y ella lo hace. Entonces desde ese momento me voy a sentir mal. (técnico agrícola, 26 años, rural)

Que la pareja se atreva a violar estas normas desiguales de género, pueden ser suficiente motivo para terminar la relación, o para “vengarse”, lo cual incluye el uso de violencia física y sexual contra ella.

Que “le tenga” hijos

Ser padre es una importante y legítima necesidad de muchos hombres que esperan realizar al establecer relaciones de pareja. Desgraciadamente, muchos hombres valoran a sus parejas fundamentalmente por su capacidad reproductora. “Si mi esposa es estéril y no me da hijos, no me sirve como compañera y me busco otra”, decía un hombre en un taller. Ser padre asume un carácter de urgencia y obligación para demostrar la masculinidad. Así lo analizaba críticamente otro hombre en un taller:

Si un hombre llega a la edad de 25 años y no le tienen niños le dicen que es machorro, es la verga y es discriminado por los demás . . . Se requiere que el hombre tenga hijos para que se le considere hombre. (participante en un taller –datos desconocidos)

* * *

QUIZAS EN EL FONDO de todas estas expectativas masculinas podemos identificar legítimas necesidades humanas, que han tomado formas machistas debido al medio social patriarcal en que los hombres crecemos. Por ejemplo, a los hombres nos enseñan que “ser atendido” por la esposa (entendido como recibir servicios domésticos) es una muestra de amor. Entonces, la legítima necesidad de afecto, de expresiones de cariño se concretiza en la injusta práctica sexista de servidumbre femenina para los hombres.

Otro grave problema de estas expectativas masculinas es su ausencia de reciprocidad. Cualquiera podría preguntar, ¿que tiene de “malo” que los hombres quieran ser atendidos por sus parejas? ¿Por qué critican que el hombre espere fidelidad de su esposa? ¿Quién no desea comprensión de la persona con quien uno convive a diario? Efectivamente, estas necesidades no son intrínsecamente injustas. La injusticia comienza cuando no se hace recíproco y se convierte en privilegios exclusivos de los hombres. La mayoría de estos hombres esperan recibir atención, comprensión, fidelidad y quieren que sus decisiones sean respetadas, pero no tienen conciencia que sus parejas también merecen y desean obtener lo mismo de parte de ellos. La expectativa masculina de “fidelidad”, por ejemplo, es una expresión concreta de la imagen de las mujeres como objetos apropiables por los hombres. La lógica es que uno puede ser dueño de varios objetos similares, pero cada uno de esos objetos no puede tener varios dueños. No funcionaría. Así lo analiza un hombre en un taller: “Cuando la mujer se casa agarra el apellido del hombre y pasa a ser la esposa del fulano. Es como cuando vos tenés un terreno, vos sos dueño del terreno”.

¿QUE TEMEN LOS HOMBRES EN SUS RELACIONES DE PAREJA?

Los temores son todo lo opuesto a lo que quieren los hombres en sus relaciones de pareja. Algo así como “lo peor que me podría pasar al juntarme o casarme con esta mujer”. Pero son más que puras especulaciones. Los temores de los hombres ejercen una influencia directa en sus comportamientos dentro las relaciones de pareja. De las entrevistas y memorias de talleres, los cuatro temores que los hombres más reflejan son:

1. A ser dominado
2. A tener esposa independiente
3. A que la esposa tenga relaciones con otro
4. A no rendir sexualmente

Miedo a ser dominado

Este es el temor más frecuentemente expresado por los hombres, que los lleva a estar “en guardia”, atentos para no permitir que pase semejante cosa. Muchos hombres interpretan cualquier intento de su esposa por influenciarlos, como pruebas que los quieren “dominar”. “Yo soy de las personas que no me gustan que me dominen, o sea yo voy a hacer algo y lo tengo que hacer”, decía uno de ellos. Incluso, la muestra de iniciativa y asertividad de la esposa, y de independencia de criterio es visto por muchos hombres como ganas de ellas de “restarles autoridad”:

Ella era un poco bien imponente, ella siempre trataba de que yo le rindiera cuenta para las cosas que yo hacía.

Le gustaba estar siempre tomando decisiones a la par mía, que el criterio de ella siempre prevaleciera. Ella trataba de llevarme siempre la contraria en las cosas. Como que me restaba autoridad a mí. Eso me hacía sentirme como que yo no era el hombre. (comerciante, 38 años, urbano)

A fin de cuentas, como este hombre lo admite, es un miedo a que la mujer socave su papel como “hombre” en la relación. Unos hombres se sienten sinceramente manipulados por la esposa, o como él afirma, “manejado” por ella:

Me sentí como que yo estaba siendo manejado por ella. Entonces como que yo no tenía esa autoridad, como que yo había perdido esa fuerza. Entonces me sentía un poco como desanimado.

Estos hombres viven su relación de pareja como una constante lucha y celos de poder. Piensan que en la relación con las mujeres o se está por encima de ella, o se está por debajo. No se concibe la misma estatura. Así que para muchos hombres es una vergüenza no poder dominar a sus mujeres, porque significa entonces que son dominados, y son por tanto objeto de la crítica de otros hombres. En los talleres de masculinidad, muchos hombres “alertan” a los otros participantes a no dejarse dominar: “Hay muchos hogares nicaragüenses donde se dan estas situaciones donde el hombre es maltratado; donde el hombre lleva el papel de la mujer”.

Miedo a tener esposa independiente

Una esposa independiente hace a los hombres sentirse marginados, no valorados, y lo interpretan como falta de amor de parte de ella. Una esposa independiente es aquella que “desatiende el hogar” y tiene intereses fuera de su relación de pareja. Uno de estos intereses que los hombres resienten es la gran importancia que las mujeres casadas le siguen dando a sus familias de origen:

Ella es bien inclinada con su papá y su mamá, quiere estar siempre cerca de ellos, entonces hay momentos como que desatiende el hogar. Entonces yo le hago ver ese tipo de fallas. (comerciante, 38 años, urbano)

En otros casos, el temor a que la esposa sea independiente se expresa al pensar en las consecuencias que tendría si ella obtiene un trabajo remunerado:

Si ella va a trabajar y ese fondo no lo va a ocupar para el núcleo de la familia sino para su propio beneficio, independizarse pues, como digamos, ‘tengo mis reales’ – porque hay mujeres que te dicen eso: ‘yo soy independiente y hago lo que quiero con mi dinero’– pienso que ahí habría un poco de contradicción. (técnico agrícola, 26 años, rural)

La esposa independiente se sale del dominio del hombre, toma decisiones “sin consultarle” y, como advertía un entrevistado, “hace lo que ella quiera”. Todo esto es muy amenazante para muchos hombres.

Miedo a que la esposa tenga relaciones con otro

Este temor, manifestado en los celos, impulsa a muchos hombres a controlar a sus parejas: que ella no se pinte, que no se arregle, que no ande muy “coqueta”, que no tenga un trabajo fuera de la casa donde se roce con muchos hombres, etc.

No me gusta que se pinte, no me gusta que se haga cosas en los párpados y que se pinte las uñas. Es que cuando la miro pintada la miro más bonita y pienso que me la van a quitar. Yo le digo ‘vos ya sos una mujer y no te pintés así que no me gusta’, lo miro ridículo . . . cuando nos sentamos a comer yo la quedo viendo y digo –ala, digo yo, otro hombre me la puede quitar porque ella es bien hermosa, ella es bien bonita, es blanquita, otro hombre me la puede quitar y a veces me pongo bien chiva, porque digo yo es bien hermosa, ‘me sentiría bien doloroso si ella me lo hace a mí’. (mecánico, 23 años, rural)

Otro hombre dijo que le preocupa que su esposa sea tan “sensible”, que para él significa que brinda mucha “confianza” a los demás, siendo demasiado susceptible a que otros hombres la enamoren. Otro dijo: “Aceptar que mi mujer me sea infiel es algo vergonzoso y no va conmigo. Eso no sería vergüenza, sino sinvergüenza”.

El temor a que la pareja tenga relaciones extra-matrimoniales también lleva a algunos hombres a la agresión sexual:

Tengo celos de todo. Y entonces cuando yo quería tener sexo con ella y ella no quería tener conmigo, entonces uno cree que si ella no quiere tener sexo es porque tiene

otro. Entonces a la fuerza. (técnico en atención familiar, 36 años, urbano)

El miedo a que la esposa se acueste con otro es en el fondo el miedo a perder el control sobre ella, en términos generales, y de manera particular a perder el control de su sexualidad. Además, el hombre teme profundamente la burla pública de parte de otros hombres si llegaran a darse cuenta que su esposa se acostó con otro hombre.

Miedo a no rendir sexualmente

“Mi preocupación sinceramente ha sido siempre si ella se siente satisfecha en las relaciones sexuales”, confesaba un hombre. Como consecuencia del mandato tradicional masculino de “llevar la iniciativa” en las relaciones sexuales, muchos hombres desarrollan un miedo a fracasar en el acto sexual. Este temor se presenta en un sector de hombres, pero no en todos. A otros hombres les tiene sin cuidado si la mujer goza o no la relación sexual. Estos últimos están tan centrados en la satisfacción de sus propias necesidades que utilizan a la mujer solo como objeto sexual.

* * *

EL ANALISIS DE TODAS ESTAS expectativas y temores revelan su carácter sistémico, como un todo integrado. Las expectativas y temores se complementan entre sí. Por ejemplo, el temor a ser dominado por la esposa guarda estrecha relación al temor de su independencia como persona, que a su vez se relaciona con la posibilidad de que ella tenga relaciones sexuales fuera del matrimonio. Asimismo, todas las expectativas de los hombres hacia sus parejas convergen en el deseo que ella coopere voluntariamente con su propia subordinación en la relación de pareja. De igual manera, todos los temores masculinos fácilmente desembocan en violencia contra la mujer. A continuación se describe algunos elementos importantes a tomar en cuenta para el análisis de los hombres y la violencia conyugal.

LOS HOMBRES Y LA VIOLENCIA CONYUGAL

La violencia masculina en las relaciones de pareja no es un acto irracional. Aunque en su forma lo pareciera, las reacciones violentas no son simples exabruptos que se escapan del control de quien lo ejerce. La violencia de los hombres contra las mujeres es un efectivo instrumento de control en sus relaciones de pareja. Con la violencia los hombres intentan garantizar que todas esas expectativas patriarcales que vimos en la sección anterior se cumplan. Asimismo, cuando los temores masculinos –a ser dominado, a que la esposa se haga independiente, a que ella tenga relaciones con otros– invaden la conciencia de los hombres, la violencia sirve como medio para apaciguarlos.

Tanto en las entrevistas en profundidad como en los testimonios de hombres en los talleres identificamos manifestaciones de violencia física, emocional, económica o sexual ejercido por los hombres en contra de sus parejas. No vale la pena describir las prácticas de violencia conyugal de estos hombres porque creemos que esta información ya ha sido muy ampliamente documentada en otros estudios. Pero si cabe destacar que las diferentes expresiones de violencia constituyen una de las formas más utilizadas por los hombres para enfrentar los conflictos de pareja. Insultos, golpes, amenazas, chantajes, humillaciones, manipulación de otros miembros de la familia, e indiferencia, son parte de las “armas” utilizadas para “hacer comprender” a la mujer que está equivocada, o para imponer; en fin, para lograr su subordinación al marido.

Muchos de estos hombres también describen otras formas de resolver conflictos que aparentemente no tiene nada

de “violento”. Ellos hablan de “salirse” del conflicto, de callar o no responder a los reclamos de su pareja. Algunos muy hábilmente incluso saben como evitar una escalada en los conflictos: “cuando la miro que ella quiere tomar una actitud agresiva, yo tomo una actitud pacífica y así la desarmo”. Aunque esta reacción puede evitar una situación de violencia física, los hombres muestran una voluntad por *escapar* del problema. “Cuando yo tengo problemas con ella, yo me voy de la casa dos días, tres días y no vengo”, decía un hombre. Otro afirmaba lo siguiente: “yo me voy a la calle, agarro mi ropa, me visto y me voy, y después regreso en la tarde”. En estos casos, no hay un interés por abordar el problema con la pareja, sino de buscar como ignorarlo y esperar a que a “ella se le pase”.

Otro aspecto importante a destacar de las entrevistas y talleres con hombres son sus opiniones y percepciones que tienen sobre la violencia conyugal. Es sorprendente evidenciar en la mayoría de los hombres un rechazo *formal* a la violencia contra la mujer. Incluso, muchos hombres desarrollan un crítico discurso en contra del machismo y la violencia. Para la mayoría, la esencia del machismo está en el maltrato del hombre contra la mujer. Un hombre representaba al machismo como “una enfermedad” que se debe superar.

Muchos hombres además de reconocer como violencia el maltrato físico, también reconocen y critican el maltrato emocional. Uno de ellos hasta usaba el lema de una campaña nacional contra la violencia (“ni golpes que duelan, ni palabras que hieran”). Sin embargo, lo que no logran reconocer estos hombres son sus propios actos de violencia

emocional, autoritarismo y control en sus relaciones de pareja. Son capaces de ver la violencia de otros hombres, pero no la propia. Parece que lo que más fácilmente identifican son las expresiones más brutales y estereotipadas de violencia masculina:

El machismo es agarrar a la mujer, agarrar una faja y pegarle cuatro fajazos, dejarle los ojos morados y decirle ‘alístate la ropa que voy a ir a beber guaro con una mujer’.
(teñidor, 33 años, urbano)

Entonces, no se ven a sí mismo como hombres violentos o machistas porque según ellos sus comportamientos con sus esposas no son grotescos o descarados. Ellos no “llegan a tanto” con sus parejas.

En consecuencia, en los hombres entrevistados hay una contradicción entre sus discursos formales de rechazo a la violencia (o machismo), y los comportamientos *que ellos mismos describen tener* en sus relaciones de pareja. La contradicción aflora en sus mismos discursos. Cuando hablan de sus parejas, reflejan actitudes autoritarias y culpabilizantes hacia ellas, y describen comportamientos donde manipulan, irrespetan e ignoran a sus parejas. Pero cuando hablan de “la violencia” o el “machismo” como fenómeno social son férreos cuestionadores, condenando las “barbaridades” que los otros hombres le hacen a las mujeres. ¿Cómo explicar esta incoherencia?

Un factor explicativo es el proceso de des-identificación con la violencia cuando los hombres implícitamente se

comparan con aquellos que consideran “peores”. Es más fácil, además, identificar violencia física que violencia emocional. Otro elemento a tomar en cuenta es el *contexto* en que los hombres han desarrollado estos discursos formales de rechazo a la violencia y el machismo. Ellos han hablado en entrevistas para una investigación y en talleres educativos. En ambos casos, sus interlocutores son gente percibida con posiciones políticas en contra de la violencia. Probablemente los hombres se han cuidado de dar un “buen discurso”, que sea políticamente correcto. Queda la pregunta si los hombres condenan tan enérgicamente el machismo en sus ruedas de amigos varones. Por lo que veremos sobre la presión social que reciben los hombres “no violentos” de parte de otros hombres para actuar a lo macho esto parece improbable.

Otra interpretación a esta incoherencia entre discurso formal y práctica cotidiana es que cada vez más el machismo, como una identidad cultural masculina, se está haciendo impopular. Debido a los avances del movimiento de mujeres en Nicaragua, el machismo se encuentra en el “banquillo de los acusados”. El machismo, y en particular la violencia masculina contra las mujeres, está en cuestión, y ha perdido la legitimidad de las décadas anteriores. Siendo así, cada día hay más hombres que no quieren ser percibidos como “machistas”. Ser machista está dejando de ser un elogio (el machista era el “muy hombre”), para convertirse en un insulto (machista es ser grotesco y “jayán” con las mujeres). Desgraciadamente, esto no significa que los hombres estén dispuestos a renunciar a los privilegios masculinos o

incluso a admitir sus propias prácticas de violencia dentro de sus familias.

Una última explicación a este des-fase entre discurso y práctica es que a lo mejor los hombres de los cuales obtuvimos estos datos representan un segmento particular de hombres nicaragüenses: aquellos que repudian formalmente el machismo, no quieren ser vistos como machistas, no son violentos físicamente, pero ejercen otras formas de maltrato conyugal (emocional, control, etc.). Este es un punto importante a profundizar con más datos empíricos –como entrevistas abiertas con hombres de diferentes estratos sociales¹.

Finalmente, de la información que analizamos para esta investigación encontramos que no hay una actitud y práctica común en todos los hombres en relación a la violencia conyugal. La diversidad de testimonios y opiniones de los hombres sobre violencia en relaciones de pareja sugieren que existen al menos cuatro diferentes grupos de hombres:

1. Hombres violentos que piensan que la violencia sigue siendo un legítimo recurso a utilizar para someter a la mujer (ejemplo: “desde la primera vez que una mujer te reclame, dale su apaleada para que no se haga malcriada”).
2. Hombres violentos que ven la violencia física como una conducta inapropiada, pero que usan excusas para evitar responsabilidad por sus actos (ejemplo: “estaba *tan* enojado que exploté y perdí el control . . . no supe lo que hice”).
3. Hombres que formalmente rechazan la violencia, no les gusta ser vistos como machistas, no ejercen sistemática-

mente violencia física, pero practican otras formas de maltrato conyugal (control, abuso emocional, etc.).

4. Y, finalmente, también hay hombres que no son violentos físicamente contra sus parejas y presentan muy bajos niveles de conductas controladoras u otras formas de maltrato emocional. Estos son los hombres que en esta investigación les hemos llamado “no violentos”.

Notas

1. De hecho, la encuesta representativa con mujeres en relaciones de pareja realizada por el BID (1998) en Managua indica que el abuso psicológico es el tipo de violencia doméstica más común que reciben las mujeres. Existe, entonces, un porcentaje importante de mujeres que no reportan haber sido maltratadas físicamente por sus cónyuges, pero sí son objeto de abuso emocional de manera sistemática.

5

El caso de los hombres “no violentos”



5

El caso de los hombres “no violentos”

LOS HOMBRES QUE NO PRACTICAN de manera sistemática algún tipo de maltrato contra sus parejas son los que llamamos “no violentos”. Este término aparece escrito entre comillas para dejar sentada nuestra parcial insatisfacción con el mismo, por falta de uno mejor. Pese a que se trata de hombres que no ejercen violencia física contra sus parejas, ellos mismos reconocen que todavía incurren –aunque esporádicamente– en maltrato emocional contra sus parejas. Tampoco significa que no tengan actitudes y comportamientos machistas. Sin embargo, tales conductas, al igual que otras actitudes autoritarias y controladoras, no constituyen un patrón recurrente de comportamiento en sus relaciones de pareja. Esto los hace significativamente diferentes a los otros hombres y, además, como se menciona en el capítulo de

perspectiva teórica, esta práctica es ya una forma de resistencia al modelo hegemónico de masculinidad.

Por eso nos interesamos en estudiar a estos hombres. Si sus prácticas no violentas representan una fisura –aunque parcial– a la masculinidad hegemónica patriarcal, entonces debemos profundizar en esa “grieta” para ir rompiendo los vínculos entre masculinidad, violencia y dominación a las mujeres.

En este capítulo se presenta y analiza la información que obtuvimos de las entrevistas en profundidad con estos hombres “no violentos”. Primero, se describe la práctica no violenta de los hombres en sus relaciones de pareja. La segunda sección discute diferentes factores personales y sociales que sustentan y promueven este comportamiento en los hombres. Luego, se presenta una mirada a las valoraciones que los mismos hombres hacen de sus prácticas no violentas, en término de beneficios y costos de llevar ese estilo de vida. Finalmente, se profundiza en el análisis del material presentado para llegar a una propuesta integradora de los datos empíricos producidos sobre los hombres “no violentos”.

LA PRACTICA NO VIOLENTA

¿Cómo definir la práctica no violenta de estos hombres? ¿Acaso esta práctica sólo significa no pegarle a la esposa o compañera? ¿La práctica no violenta es ausencia de violencia? Los resultados de la investigación indican que hay mucho más que eso. No se trata sólo de *abstenerse* de ejercer violencia, sino también de practicar diferentes formas de ser y comportarse en la relación de pareja.

Las tres dimensiones que a continuación presentamos son un intento de ordenar y clasificar la práctica no violenta de nuestros entrevistados. Estas son: a) La forma de ser en la relación de pareja; b) El manejo de conflictos; y c) La resistencia a las presiones para actuar a lo macho y ser violento.

La forma de ser en la relación de pareja

Hay un sinnúmero de pequeños detalles y conductas “no violentas” que forman grandes (o significativos) estilos de relación con la pareja. A continuación se desglosa, hasta donde fue posible, estas prácticas, sin perder de vista su integralidad. Cada comportamiento refleja la importancia que estos hombres le otorgan a la relación de pareja.

Comportarse pensando en el beneficio de ella y de los hijos

“Si ella va a andar intranquila, entonces no es conveniente”.

En las entrevistas hubieron muchos ejemplos de comportamientos motivados por el bienestar de sus familias. Las explicaciones dadas por un hombre sobre cómo dejó de tomar

licor y de otro sobre cómo dejó de fumar son una buena muestra. Dice el primero:

Me fue gustando de que a medida que yo dejaba de beber mi esposa más me quería, mi mamá se sentía mejor y yo andaba reales en la bolsa. Y entonces yo miraba un cambio pues que dejar de beber guaro era alegría para mi mamá y era alegría para la mujer. (comerciante, 35 años, urbano)

Y el segundo, afirma:

Mi esposa me decía 'ya no sigás fumando', porque se siente el aliento que uno esta fumando . . . en veces uno va comprendiendo porque es feo estar fumando y que la gente esté arrugando la cara. Entonces vine yo y lo dejé el cigarro. (agricultor, 34 años, rural)

La tendencia en todos los hombres entrevistados es de siempre tomar en cuenta la perspectiva de su pareja; es decir, cómo ella se siente, qué piensa ella, y de modificar su comportamiento de acuerdo a esto. Esta capacidad de comprender y apreciar los sentimientos y opiniones de sus parejas se llama empatía. Otros estudios con hombres sobre violencia han concluido que existe una asociación entre la capacidad de establecer empatía y la práctica no violenta (Adams, 1991; Miedzian 1991). Los resultados que aquí presentamos también parecen respaldar esta asociación.

"Ayudar" en el trabajo doméstico

"No hay que dejarle toda la carga a ella tampoco".

La mayoría de los hombres aseguran participar en las tareas domésticas, particularmente aquellos que tienen hijos pequeños, quienes demandan mayor atención. Sin embargo, ninguno habló de compartir el trabajo doméstico con sus parejas. Para todos ellos la responsabilidad principal recae en ella, como mujer y madre, pero eso no los libera totalmente de los quehaceres domésticos. Sienten por lo tanto la obligación de "ayudar" en la casa. La "ayuda" viene por un sentimiento de solidaridad y consideración al trabajo de las mujeres en la casa:

Yo le quiebro la masa a las mujeres en la máquina, porque idiay viene talvez la pobre mujer de moler, de lavar y después a palmear. (agricultor, 57 años, rural)

La ayuda del hombre está ahí, "en casos de necesidad":

Si ella está muy ocupada yo le ayudo a lavar la ropa de la niña y lavo mi ropa. Si prácticamente está muy ocupada, también le ayudo con la niña. Y si a veces está demasiado ocupada, yo cocino. (técnico electricista, 28 años, urbano)

Indudablemente esta práctica no es igualitaria. Las esposas de estos hombres siguen asumiendo la principal responsabilidad y la mayor carga de trabajo doméstico, incluso aquellas que trabajan fuera de sus casas. Sin embargo, la

participación de los hombres en el trabajo doméstico –que desde sus perspectivas es una actitud “solidaria” con sus parejas– podría ser interpretado como un signo de progreso en las relaciones hombre-mujer dentro del hogar.

Decisiones compartidas

“Nos sentamos a platicarla entre los dos para ver qué beneficio nos va a dar”.

La forma de educar a l@s hij@s, las decisiones sobre qué gastar y cuándo, los problemas que exigen una solución, o cualquier otro ámbito de la vida familiar son supuestamente discutidos en la relación de pareja. La respuesta “ambos tomamos las decisiones” es una constante a través de las entrevistas.

Manejo responsable y compartido del dinero

“Siempre le damos prioridad a lo de la casa”.

Los arreglos sobre el manejo del dinero varía de pareja a pareja. A pesar de las diferencias, el común denominador está en el manejo compartido, consensuado y responsable del dinero. El hombre no está encima de la esposa supervisando en qué gastó. Si tienen los recursos, cada miembro de la pareja decide cuándo ayudar económicamente a sus propias familias de origen, sin reclamos de la otra parte. Y por último, los hombres aseguran no derrochar sus propios salarios o ganancias en diversiones personales.

No control

“Nunca le reclamo por la hora en que venga”.

De una u otra forma los entrevistados aseguran no “tener sometida” a su esposas. Se describen como no controladores de la rutina cotidiana de sus parejas. Muchos dicen que sus compañeras salen a ver a sus familiares o amistades sin el temor de la vigilancia de ellos sobre la hora en que regresan. “Ella tiene totalmente la plena libertad para visitar a quien quiera, para ir a ver a quien quiera, para comprar lo que ella quiera...”, afirma uno de ellos. Otro, incluso brinda un ejemplo concreto:

Ella se va donde una amiga que vive en San Ramón y cuando ella regresa a veces yo estoy durmiendo. A veces ella se va sin que yo sepa y ella entra sin que yo esté tampoco, porque a veces yo estoy en el trabajo y se va... a veces me voy donde su familia o donde mi tía. Así que yo no sé a que hora ella llega a la casa. (conductor, 29 años, urbano)

Algunos hombres, sin embargo, al ser preguntados sobre su actitud frente a las salidas personales de ella, decían que no podían contestar, “porque casi siempre andaban juntos”. Esta práctica de “siempre juntos” podría interpretarse como un signo de control o desconfianza, o como una fuerte dependencia mutua entre ambos miembros de la pareja.

Educar a otros hombres para que no sean violentos

“Yo le digo a varios jóvenes, hay que ser cariñosos con la esposa”.

Una práctica compartida por varios hombres entrevistados es la acción informal de promotoría y educación. Su práctica no violenta no termina en ellos mismos. También se preocupan porque otros hombres traten con respeto y sin violencia a sus parejas. Varios hombres recuerdan conversaciones que han tenido con amigos que ejercen violencia, y de sus intentos de persuadirlos para cambiar:

. . . Entonces, le digo yo, ‘mirá no estés dando un mal ejemplo, tratá de cambiar, si no la querés, dejála, pero no le hagás daño ni a ella ni a tu hija’. (comerciante, 29 años, urbano)

La conversación más impresionante, sin embargo, es la que cuenta uno de los entrevistados más jóvenes (de 28 años), la cual tuvo con su propio padre, y en donde lo confronta:

Yo visito a mi papa y él me dice, ‘todavía no sé que pasó’. Y le digo yo, ‘carajo como no vas a saber que pasó, si la dejaste abandonada, la dejaste a su suerte y la dejaste sola y después muy tranquilamente te metistes con otra mujer y querías que te aguantara el ácido y cómo jodido vas a querer que la mujer te siga aguantando el ácido siempre, eso es falso, una mujer tarde o temprano va a despertar de su letargo’. (técnico electricista, 28 años, urbano)

La acción de promotoría, en este caso educando a otros para no ser violentos, consolida la formación no violenta del propio “promotor”. Al ayudar a otros, al persuadir a otros, se persuaden a ellos mismos.

Otras prácticas

En las entrevistas aparecen muchas otras acciones individuales que podemos llamarles “prácticas no violentas”. A diferencia de las descritas arriba, estas otras acciones no fueron patrones de respuestas manifestado por varios hombres. Pero, aunque sólo un hombre lo haya planteado, siempre son significativas. Entre éstas están las siguientes:

- No intromisión en relación de su compañera con sus hij@s (que no son de él) aún cuando experimenta pérdida de poder, “me sentía aislado”: “En definitiva ella con sus hijos es la única que se mete, ella sabe como tratarlos y cómo corregirlos”.
- Respeto a decisión de ella de no tener más hijos: “Si ella decía yo quiero evitar, yo no le decía “no, vos vas a tener [me un hijo]”.
- Participarle a su pareja de sus actividades personales (“tomarla en cuenta”), sin miedo a sentirse “controlado” o “gobernado”.

Yo siempre le digo a ella a donde voy, con quien voy a estar, y donde voy a estar. Y si tengo un numero telefónico se le doy para que ella me llame. . . ahorita vos le

hubieras preguntado a donde yo andaba, ella te hubiera dicho que andaba a donde mi papá, ella sabía pues. (técnico electricista, 28 años, urbano)

Quizás uno de los sustentos principales de todas estas prácticas no violentas sea la consideración positiva y el aprecio que los entrevistados manifiestan tener hacia sus parejas e hijos, muchas veces descrito en lenguaje romántico: “Nosotros nos amamos pues, yo siento que la amo a ella, y yo siento que ella me ama a mí”. Revelaciones como estas sugieren el poder del afecto para motivar el estilo de comportarse en la relación de pareja. Y finaliza otro hombre diciendo: “Usted sabe que cuando uno se casa es porque le tiene cariño a su esposa, y para mí pues es igual como si uno está recién casado”.

Manejo de conflictos

La práctica no violenta se pone particularmente a prueba a la hora de los conflictos en la relación de pareja. Las entrevistas con los hombres “no violentos” muestran que sus relaciones de pareja no están ausentes de disputas o enojos. Siendo así, ¿Cómo estos hombres actúan cuando tienen conflictos con sus parejas? ¿Qué hacen para solucionar las tensiones en la relación de pareja? Al abordar este punto con nuestros entrevistados, esto fue lo que encontramos:

“Salirse” de la situación de conflicto

La práctica más generalizada, dicha por la mayoría de los hombres, fue la de *salirse* de la situación de conflicto. En

algunos casos esta salida es física. Sencillamente se retiran del escenario, se van a otro lado, salen a la calle, etc. En otros casos la salida es quedarse callado, no debatir, o “disimular”. El común denominador es que no se enganchan en el conflicto. No alimentan la escalada de tensión:

Esas discusiones se apagan porque yo no me quedo remarcando eso. Me voy donde el amigo, donde el vecino, o a la huerta. Y cuando yo vuelvo todo ha cambiado, entonces disimulo (agricultor, 57 años, rural)

... O sea salir no en el sentido de que me vaya lejos de la casa y que dé un portazo, ni nada, no. Salir directamente del sitio de donde estamos, me voy a mi oficina o algo (médico, 41 años, urbano)

La lógica detrás de esta conducta se compone de dos partes. La primera es que como el conflicto involucra a dos personas (él y su pareja), si una de las partes “se sale” del conflicto, éste se extingue. “Si no habla ella, y yo no le hablo, ¿quién va a discutir?”, reflexionaba un hombre. La segunda parte de la lógica de “salirse” es que se trata de una “retirada táctica”. El conflicto será abordado en otro momento, una vez que “se hayan calmado los ánimos”. Así lo explican algunos de ellos:

De haber conflictos, entonces digo mejor nos quedamos quietos y ya después que ya haiga pasado, ya empezamos a hablar. (agricultor, 37 años, rural)

A veces le digo que mejor no discutamos, que ahí dejemos eso. Ya cuando se le baje el azúcar, podríamos decir, entonces conversamos con más paciencia, con más calma. (agricultor, 37 años, rural)

Esta estrategia de “salirse” del conflicto no está libre de complicaciones. Mal utilizada, puede ser un cuchillo de doble filo. Por un lado evita una escalada de tensión, permite un corte, agarrar aire y así regresar al problema con mayor serenidad. En este sentido es positivo. Desafortunadamente, esta misma conducta podría meter “más leña al fuego”. Muchos hombres maltratadores dicen también usar esta “técnica”, y lo que muestran es un desprecio por el reclamo de sus parejas (“esta mujer está histérica y mejor me voy hasta que se le pase”). Incluso, uno de los hombres “no violentos” que entrevistamos admitió que una vez su esposa le protestó por salirse del cuarto donde discutían y “dejarla hablando sola, como tonta”. Tomando esto en cuenta, quiere decir que la clave para que la estrategia funcione positivamente es que ambas partes estén de acuerdo en usarla, y que no sirva como una forma de escape del problema.

Ceder

Ceder en un conflicto de pareja es visto como no aferrarse intransigentemente a la posición que uno tiene. Es también una muestra de la “buena fe” con que estos hombres dicen enfrentar la conflictos de pareja:

Lo importante es eso, que siempre que hay que ceder, se cede. Uno de los dos cede. Nunca quedamos tensos, casi siempre cuando se mira que uno va estirando, entonces el otro encoge, sea ella o yo, cualquiera de los dos, pero nunca llegamos a tensionarnos. (médico, 45 años, urbano)

En esta cita se aprecia que independientemente del punto en disputa, tanto él como su pareja se esfuerzan en no deteriorar la relación. El conflicto no es visto como una competencia que uno forzosamente tiene que ganar y el otro perder.

Humor como “solución”

Tres entrevistados dijeron que su reacción a los reclamos enojados de sus parejas es “tratar de no hacerlo nada serio”, y entonces, responder con bromas, juegos, expresiones de cariño físico. Aunque no tomar en serio las protestas de su pareja puede interpretarse como irrespetuoso, lo que estos hombres parecieran decir es que ellos no toman a mal los reclamos. No se enoja con ella por eso. Así lo explica uno de ellos:

¿Que pasa cuando hay conflicto entre ustedes dos?

. . . Mas que todo la hago reír y pon pon! se termina todo . . . yo lo que le hago es una sonrisa. Le digo, ‘no mi amor’, como quien dice jugando pues. Pero ella a veces me dice, ‘si estoy enojada, ¿por que te reís?’ ‘No amor no seas así’, le digo yo. O sea cosas así. Yo para no seguir la discusión lo que hago es agarrarla, besarla, le hago una caricia, le

aprieto la nariz, cosas así. Porque a mi no me enoja que ella me reclame pues. (comerciante, 29 años, urbano)

Al igual que la estrategia de “salirse del conflicto”, usar humor para resolver problemas de pareja puede valorarse como grosero. Incluso en la cita anterior el entrevistado cuenta que la esposa le responde “si estoy enojada, ¿porque te reís?”. Puede ser una reacción burlesca o una forma de trivializar el conflicto; puede que no. Habría que analizar el contexto en que esto sucede y la dinámica de la relación de pareja. En algunos casos, parece ser una efectiva estrategia que *ambos* utilizan para distensionar la situación:

Si ella está enojada entonces yo le hago bromas... Y cuando yo me enojo y ella se va a su iglesia y viene noche, me pongo serio, entonces ella me hace bromas, me da besos y ya como que se baja todo. Eso es normal. (electricista, 33 años, urbano)

No ofender

No ofender es una regla de oro. Aún en medio de la discusión más acalorada, muchos de estos hombres aseguran “no tirar golpes bajos” (tales como insultos o humillaciones):

Hay que sentarse para dialogar y resolver los problemas. . . porque si vamos con la idea de ponernos malcriado y contestar mal, no se hace nada. (agricultor, 49 años, rural)

Nunca, nunca nos hemos ofendido, ni ella a mi, ni yo a ella y menos pegarle, ni nada de eso . . . Nunca le he contes-

tado gritándole, ni ofendiéndola pues, sino diciéndole lo contrario a lo que ella opina. (médico, 45 años, urbano)

Pensamientos positivos

La reacción ante los conflictos comienza mucho antes de actuar. Las primeras respuestas son a nivel emocional y cognitivo. Son aquellas ideas que pasan por nuestra mente las que en última instancia determinarán nuestra conducta externa, observable. Al momento que un conflicto de pareja surge, estos primeros pensamientos pueden ser incendiarios o, apaciguadores. Varios de los hombres entrevistados verbalizaron sus pensamientos durante algunas experiencias de conflicto con sus parejas. Uno de ellos contó de una angustiada situación de celos vivida al encontrar, dentro de un mismo vehículo, a su compañera junto con su ex-marido:

. . . Entonces ella me vio, y parqueó el carro y salió a buscarme rápido . . . entonces me siguió y no le dirigí la palabra. Yo me fui y me senté en una esquina. Soy una persona sumamente reflexiva, reflexiono, todo lo que pasa lo reflexiono. Y cuando estoy con cólera, antes de, yo nunca actúo con cólera realmente, . . . y entonces cuando sucedió esto no hallaba que pensar, si realmente le estaba dando raid o si se citó con él o de dónde vendrían, venían con los muchachos a lo mejor fueron a pasear con*

*El énfasis (que aparece subrayado) es nuestro, y no de los hombres que citamos.

ellos o se están reconciliando. ¿Que pasó? Estaba con un montón de dudas. Entonces me dije, 'no, ya me voy a ir mejor, si ella va a regresar con su hombre yo no voy a ser quien le impida eso pues . . . lo mejor que hay que hacer aquí es que yo me vaya por donde vine' . . . La cosa es que dentro de mi reflexión no me fui para otro lado, me fui para la casa. 'No. La voy a esperar y que me explique pues, a ver qué pasó'. Entonces ya ella me explicó esto y lo otro, pues que no, que era un raid, que era el padre de sus hijos, que tampoco lo va a dejar ahí tirado. Le pidió un raid y lo llevó, pero no hay nada de aquello, de lo que vos pensás, no hay nada de eso. (comerciante, 35 años, urbano)

Este hombre, en vez de especular y alimentar su mente de pensamientos negativos, finalmente optó por darle “el beneficio de la duda” a su pareja. Aún en medio de sus temores de que su compañera se estuviera reconciliando con su ex-marido, esperó una explicación de parte de ella. La calidad de sus pensamientos permitió que no hubieran arrebatos de violencia, ni decisiones impulsivas.

Otro de los entrevistados contó lo que pensó antes de reaccionar en una situación altamente conflictiva con su pareja:

***¿Llegaron a los golpes?**
Ella me dio una cachetada.*

***¿Como reaccionaste?**
Me ardía la cara y quise devolvérsela pero pensé que iba a hacer una cosa en el momento que talvez me iba arre-*

pentir después, porque un golpe de ella no es igual que el que pueda dar yo. (comerciante, 29 años, urbano)

Este hombre aunque reconociendo sus impulsos por responder con violencia, pensó en sus consecuencias negativas, optando por no hacerlo.

Es significativo hacer notar que el principal motivo de conflicto en las relaciones de pareja de la mayoría de nuestros entrevistados ha sido por celos. El temor a que la pareja (ya sea el hombre o la mujer) tenga relaciones sexuales o amorosas con otra persona es una constante en las entrevistas. En algunos casos dicen que ya es un tema resuelto y superado. En otros casos, la desconfianza sigue siendo un asunto delicado, que en cualquier momento puede generar conflictos, reclamos y malestares.

Casi la mitad de los hombres admiten haber tenido una relación extra-matrimonial, y cuentan de los serios conflictos de pareja que esto les generó. Debido a las complicaciones para su vida de pareja, todos ellos afirman haber hecho un compromiso de no volver a tener ese tipo de experiencias.

Resistencia a las presiones para actuar a lo macho y ser violento

En un contexto cultural donde prevalece el machismo, la práctica no violenta enfrenta un fuerte rechazo social, sobre todo de parte de otros hombres (aunque también de mujeres). Los “no violentos” son objeto de burla, amenazas y presiones para comportarse “como verdaderos hombres”. Las

“armas” que utilizan sus congéneres son muy delicadas y dolorosas. Estos hombres son acusados de “cochones”, de “babosos”, les dicen que sus mujeres “los coscorronean”, que los tienen “gobernados” y “a mecate corto” y hasta son literalmente excluidos de los círculos masculinos. “Ellos hacen un bloque frente a vos y no te transmiten más sus cosas”, confesaba un hombre de 33 años.

Resistir esta presión machista constituye una práctica no violenta. Pero, ¿cómo hacen para resistir los hombres “no violentos”? Según sus testimonios, la estrategia más usada es *no ponerle mente*:

Te insultan, te dicen cochón, te dicen marica y todo pero no le tenés que poner mente vos . . . siempre hay alguien que te va a criticar, pero a los que critican ni mente les pongo yo. (conductor, 29 años, urbano)

“No ponerle mente” refleja una capacidad de independencia de criterio frente al consenso social adverso, machista, aún imperante. Es una capacidad construida desde el convencimiento personal que sus formas de comportarse con sus parejas son satisfactorios y recompensables:

Ellos me responden que soy la verga. ‘No jodás sos la verga, tu mujer te tiene amarrado, tu mujer te tiene sometido, sos anticuado’. ‘Lo que ustedes me digan eso a mi no me importa. Yo sé como vivo y así me gusta vivir’. (comerciante, 35 años, urbano)

Si hablan, llevándose uno bien con la pareja, lo más principal es la pareja, y no ponerle mente a la gente. (agricultor, 34 años, rural)

Además de “no ponerle mente”, muchos entrevistados revelaron otra estrategia de sobrevivencia a las presiones machistas, *seguirles la corriente*:

¿Qué les respondés vos cuando pasa eso?

Yo les sigo la corriente: ‘isi hombre que paseada!’ o sea asimilarlo de la misma manera que ellos te lo transmitieron, entonces así mismo disolverlo, ‘si’, yo le digo, ‘si hombre no ves que me vienen a traer y todo’, le digo. . . Todo pasa así como en cuestión de juego, chiles, qué sé yo. (comerciante, 29 años, urbano)

Yo les sigo el juego, yo les digo ‘ideay yo soy varón domado y el que es varón domado, es varón domado’, le digo. Por ahí me les voy. Si me dicen ‘ideay, que bárbaro, por que no podés?’, yo respondo, ‘pero no ves que yo soy varón domado y si no llego a las siete tengo problemas y a mi me ponen el botón rojo a las siete de la noche y ya no salgo, ya me ponen a ver novelas’, les digo yo. Y por ahí me les salgo. No busco como dar explicaciones (médico, 45 años, urbano)

“Seguirles la corriente” no pareciera ser una respuesta valiente, donde ellos enérgicamente confrontan o cuestionan las burlas machistas de los otros. Sugiere abdicación, o

impotencia ante la fuerza mayoritaria de las presiones machistas. No obstante, es una estrategia de sobrevivencia y quizás de reconocer que en muchos casos de nada sirve contra-argumentar. Desde otro punto de vista, “seguirles la corriente” es un acto de seguridad en sí mismos. Como decía el hombre de la última cita, no hay necesidad de “dar explicaciones”, o de ponerse a la defensiva. Al fin y al cabo, que piensen lo que piensen.

En contraste con la estrategia anterior, algunos hombres sí dicen responder a las burlas machistas, tratando de convencer a sus presionadores de lo inadecuado de sus percepciones. Uno de ellos les responde así:

Lo que yo digo es que eso no es que lo mande la mujer, sino que el consejo que te da la mujer es para evitar problemas.
(agricultor, 37 años, rural)

Y otro hombre cuenta que les responde de esta manera:

A veces han habido unos que vienen ‘ah, vos te dejás llevar por la mujer’. Yo les digo: ‘no hombre, uno no se deja llevar por las mujeres, uno se deja llevar por sí mismo . . .’ (conductor, 29 años, urbano)

BUSCANDO “CAUSAS”: ALGUNOS FACTORES COMUNES EN LOS HOMBRES “NO VIOLENTOS”

La práctica no violenta de los hombres en sus relaciones de pareja no surge ni se mantiene de la nada. Estos hombres tienen algunas características, formas de pensar, y experiencias de vida que ayudan a explicar por qué son “no violentos”.

Una de las tareas con las entrevistas fue explorar esos factores explicativos de la práctica no violenta. En esta sección se presenta hasta donde llegamos con esta búsqueda, dividido en tres partes: a) Facilitadores de la práctica no violenta; b) Algunas características personales; c) Resistencia a las presiones para actuar a lo macho y ser violento.

Facilitadores de la práctica no violenta

El análisis de las entrevistas con los hombres “no violentos” revelan la presencia de tres factores personales y sociales que funcionan como facilitadores inmediatos de una práctica no violenta en las relaciones de pareja. Estos tres factores son: a) razonamientos sobre violencia en las relaciones de pareja; b) personas y grupos que estimulan, mediante “cumplidos” y expresiones de admiración, el comportamiento no violento; c) conciencia o identidad personal como hombre “no violento”.

RAZONAMIENTOS

Los razonamientos que identificamos son un conjunto de reflexiones y pensamientos sobre la posibilidad de violencia

en las relaciones de pareja de nuestros entrevistados. Agrupamos seis tipos de razonamientos que parecen influenciar los comportamientos no violentos de los hombres. Estos razonamientos son:

El maltrato destruiría mi hogar

Uno de los entrevistados construyó la siguiente metáfora para convencer a un amigo a que dejara de maltratar a su esposa:

‘¿Sabés lo que estás haciendo?’, le digo yo, ‘estás agarrando un mazo de veinte libras y un hogar de cristal –que es tu casa, débil– y lo estás empezando a hacer verga con ese mazo, y le vas a ir dando al suave y se va a ir quebrando y se va a ir rompiendo y cuando mirastes hiciste mierda tu hogar, y tu familia se fue a la deriva y te quedaste en la mierda’, le digo, y él me queda viendo . . . (técnico electricista, 28 años, urbano)

Otros hombres reflexionaron sobre cómo la violencia deteriora la relación de pareja, destruyendo el amor y creando resentimientos. Así, se pregunta uno de ellos: “¿Con qué cariño una mujer va a amar a un hombre cuando el hombre la golpea?”. Otro hombre afirmaba: “Después la persona que uno quiere va a tener resentimientos contra uno”. Finalmente, otro entrevistado recordó que “la violencia acarrea más violencia”, sugiriendo que otro efecto negativo del comportamiento violento contra la pareja es recibir violencia de parte de ella. Estos razonamientos reflejan la capacidad de los hombres “no violentos” de anticipar las consecuencias de

sus actos, previendo el daño y los costos que la violencia acarrearía en su familias y relaciones de pareja.

Si actúo con violencia, me voy a sentir mal

La violencia genera culpa, autocondena, malestar consigo mismo. Así lo explicaba un entrevistado: “no hay que ofender para no sentirse mal . . . si hago lo contrario, me voy a sentir mal”. La conducta violenta entra en disonancia con la auto-imagen positiva que estos hombres quieren mantener. Otro hombre afirmaba: “no la hago sentir mal, nunca haría eso pues, hacer sentir mal a mi pareja, porque eso hace sentir mal a uno mismo”. La capacidad de anticipar consecuencias negativas de la violencia no se limita a prever daños en otras personas, como vimos en el primer tipo de razonamiento. En este caso, también son capaces de prever el daño que podrían causarse ellos mismos, en términos de sentimientos de culpa o vergüenza.

Si actúo con violencia, voy a hacerle daño a la persona que quiero

El compromiso de no hacer daño físico ni emocional a la esposa o compañera revela la perspectiva ética con que muchos de éstos hombres conciben sus relaciones de pareja. Un hombre decía: “el maltrato va en contra de la justicia, es injusto”. Dos hombres hicieron referencia a la concepción bíblica de que hombres y mujeres son de igual valor y dignidad: “Dios hizo una pareja, hizo un hombre y una mujer y que tanto ella como el hombre tenían una *dignidad igualita*”. Y agrega este hombre: “los mismos sentimientos que tengo yo los tiene ella”.

Consecuente con esta perspectiva ética, algunos mencionaron el siguiente principio de reciprocidad: “si quiero que me respeten, tengo que respetar”; “¿por qué herir o desearle a una persona el mal que no quiero para mi?”. Otro hombre le dijo a su entrevistador: “no ofendás vos primero, para que el otro no te ofenda”.

En todo matrimonio hay momentos en que se tienen que dar las discusiones

Algunos hombres argumentaron a favor de la tolerancia y aceptación de conflictos como un componente de la vida en pareja. Un hombre decía que “siempre se dan algunas fricciones, algunos roces, porque si eso no existe en una pareja, está mal, digo yo”. Esta actitud de “bienvenida” a los conflictos de pareja prepara a los hombres para respuestas adecuadas, no violentas, a la hora que éstos sucedan. Un reclamo enojado de sus parejas, entonces, ya no será un detonante para responder con insultos o agresión física, sino un signo que algo anda mal en la relación (o en ellos) y que debe ser resuelto conjuntamente.

Una idea complementaria a este razonamiento es la no expectativa de “perfección” hacia su pareja (y a él mismo). “Tanto ella como yo podemos tener fallas”, decía uno. Aunque aparenta ser un simple razonamiento, la tolerancia a los defectos y errores de la pareja es una actitud que contrarresta la violencia.

Regresando a la idea de los reclamos, resulta meritorio el significado que varios hombres le dan a las críticas o demandas que sus esposas les plantean,

A veces los consejos de las mujeres le sirven a uno . . . no es que lo mande la mujer, sino de que talvez la mujer el consejo que le da es para evitar problemas . . . es una sugerencia que le hacen a uno. (técnico electricista, 28 años, urbano)

A diferencia de hombres que maltratan, para quienes los reclamos de sus parejas son vistos ya sea como “quejas” inútiles o intentos de “gobernarlo”, estos hombres lo asumen como “sugerencias” o “consejos útiles” de sus parejas, que reflejan legítimas preocupaciones que deben considerar.

La violencia no es vida

Los hombres “no violentos” manifiestan intolerancia a vivir en una relación de pareja donde hay violencia, aún cuando sean ellos los perpetradores de la misma. “Conozco situaciones de violencia encachimbada que es horrible. Para vivir de esa manera mejor vivir solo”, decía un hombre. Otro afirmaba,

[La violencia] no conlleva a nada, no es vida, no es relación de pareja . . . yo considero que para vida de pleito prefiero millones de veces no estar con nadie. Porque para mi eso no es vida, ni amor, ni nada. (comerciante, 29 años, urbano)

Este fuerte sentimiento de rechazo a la violencia debe influenciar su voluntad de no contribuir a que ocurra en su relación de pareja. La violencia es pensada como la antítesis de la vida de pareja y del amor.

La violencia contra la mujer es anti-masculino

Reflejando la imagen tradicional hacia las mujeres, un hombre dijo que “es un cobarde aquel que le pega a un ser más débil”, para condenar aquellos que golpean a sus esposas. Este razonamiento es congruente con la ideología conservadora que concibe a la mujer como el “sexo débil”, y además con la mística tradicional masculina que prescribe a los hombres pelear sólo “con alguien de su tamaño” (y su sexo). Lo contrario es cobardía, y la cobardía es antimasculino.

LA GENTE QUE ANIMA

Además de los razonamientos, un segundo facilitador de la práctica no violenta son aquellas personas y grupos sociales que estimulan, mediante “cumplidos” y expresiones de admiración, el comportamiento no violento. Todos los hombres mencionan a alguien o cuentan una anécdota en la cual otras personas alaban, animan, o comentan positivamente sus comportamientos en la relación de pareja. Muchas veces el elogio se lo dicen a sus esposas o compañeras, pero refiriéndose a ellos (“que lindo que es tu marido”). En otros casos el elogio se lo dicen a ambos como parejas (“que bien que se llevan ustedes, que tranquilos, una pareja pequeña, pero bien unida”). Dos hombres identificaron a sus esposas como las primeras personas en estimularlos a ser no violentos. Uno de ellos explica que su esposa es una mujer “que defiende a su género a capa y espada”, por lo tanto no tolera violencia contra las mujeres. Esta posición de rechazo a la violencia por parte de sus esposas les manda un claro men-

saje a ellos de no usar violencia en su comportamiento de pareja.

Además de personas individuales, hay grupos u organizaciones que estimulan el comportamiento no violento de estos hombres. En total, fueron mencionados por diferentes hombres la iglesia, la “comunidad”, la Casa de la Mujer (con sus llamados a los hombres), los dirigentes externos de organizaciones a las que pertenecen y agencias de cooperación. Esto último lo decía un hombre que es dirigente local de una organización de desarrollo comunitario: “es penoso que llegue la gente de afuera de un organismo y que como dirigente digan que vivo mal en el hogar, con violencia, entonces no es conveniente”. El ser una “figura pública” de sus comunidades de alguna forma crea la necesidad en estos hombres de mantener una buena imagen personal –lo cual pasa, según ellos, por su práctica no violenta en las relaciones familiares.

En conclusión, podemos destacar la importancia de las redes sociales en la que los hombres participan. Amistades personales, vecin@s, familiares, y hasta organizaciones externas que tienen presencia en sus comunidades pueden ejercer un efecto facilitador en el comportamiento no violento de los hombres.

CONCIENCIA DE SER “NO VIOLENTO”

Todos los hombres entrevistados se describen explícitamente como hombres “buenos”, “no machistas”, “no violentos”, “diferentes” o con algún otro adjetivo positivo de su calidad como

cónyuges. Existe una clara conciencia de ser hombres “no violentos”, acompañado por un fuerte sentimiento de orgullo:

El treinta por ciento de los hombres creo que cumplimos en esos aspectos que le han dado el derecho a su mujer . . . Aquí en esta zona, no es que me alabe, pero aquí el único que medio medio es así es Alfonso [además de mí]. (agricultor, 57 años, rural)

La expresión “no es que me alabe” sugiere la satisfacción personal por su conducta como esposo. Su comentario también muestra la percepción –compartida por el resto de hombres– de estar en minoría. Es decir, de que los hombres como él, son pocos. Al igual que este hombre, otros también comentan este hecho en términos “estadísticos”:

El noventa y cinco por ciento de los hombres son tipos definitivamente que tratan por lo general de pegarle a la mujer, que tratan de que la mujer en vez de ser la esposa, sea la sirvienta, la maltratan física y psicológicamente. (técnico electricista, 28 años, urbano)

Estas autovaloraciones positivas, sin embargo, no los hace sentirse las “divinas garzas” o los hombres ideales. Consecuente con la tendencia autocrítica de la mayoría de ellos, algunos reconocen cualidades de otros hombres que ellos no tienen:

Hay parejas que son mucho mejores, desde el punto de vista que los hombres son más atentos. Yo hago compa-

raiones, ‘hombre yo no hago eso en mi casa’, que llega un hombre de la calle y todavía va a cocinar a su casa . . . (electricista, 33 años, urbano)

Este mismo hombre admite que aunque esporádicas, sigue teniendo conductas autoritarias y de maltrato.

Los hombres parecen llegar a esta revelación de ser “no violentos” mediante la comparación con otros hombres, con su entorno social inmediato, amigos personales, otras parejas, hermanos, familiares o casos de maltrato familiar vistos en sus trabajos:

Como médico me llegan casos a cada rato de esposas golpeadas con el ojo inflamado . . . Por otro lado veo otros que agarran farra también, semanas y eso digo yo que no lo tengo. También yo veo entre mis amigos que hablan de tener otra mujer y otra. (médico, 41 años, urbano)

Me siento que no soy machista. Por lo mismo . . . comparaciones, yo no siento que maltrato en mi casa, porque machista es eso, maltratar, imponer, eso es lo que yo entiendo como machista, ser violento. (electricista, 33 años urbano)

La conciencia de ser “no violentos” implica una responsabilidad. Deben mantener esa imagen ante los demás y preservar esa identidad ante ellos mismos. Por eso es que se convierte en un importante facilitador del comportamiento

no violento (y no sólo una consecuencia). La conciencia como “no violento” ha sido alimentada por “la gente que anima”, como vimos en la sección anterior, y por la evaluación que los mismos hombres hacen de sus comportamientos.

Algunas características personales

Además de los facilitadores presentados en la sección anterior, para entender el comportamiento no violento es importante tomar en cuenta algunas características personales que tienen la mayoría de los hombres entrevistados. Dichas características representan parte del contexto personal desde el cual el comportamiento no violento ocurre.

La cualidad personal que más resalta a la vista en éstos hombres es la gran importancia con que valoran sus relaciones de pareja y su vida familiar. El hogar es visto como algo prioritario en sus vidas. Así lo manifiesta el siguiente entrevistado:

¿De toda la gente que se relaciona con vos, ¿quiénes son más importantes para vos?

Mi esposa, mi hijo, como primer y segundo. Para ellos los dos o sea el primer lugar, ellos son las dos personas más importantes ahorita.

¿Por que los consideras así?

Ah porque son parte ya de lo que es mi formación como pareja, ella es mi otro lado como dicen y mi hijo pues que lo adoro, lo quiero mucho . . . son las personas que mas pienso pues las veinte y cuatro horas . . . y pues mi

esposa porque es la persona con quien yo pienso vivir toda mi vida. (comerciante, 29 años, urbano)

A la relación de pareja le imprimen un sentido de responsabilidad, seriedad, compromiso, goce e inversión. “El casarse con una persona o el convivir con una persona es algo sumamente serio . . .”, decía otro hombre. Y un tercero, afirmaba:

Si a vos te gusta salir y sos poco responsable, bueno yo te diría ‘mira, tenés que pensar distinto, porque cuando uno se casa, ya es un cambio’. (agricultor, 34 años, rural)

Una segunda cualidad personal relevante de estos hombres es la capacidad para reconocer sus propios errores en la relación de pareja. En contraste con la tendencia en los hombres que maltratan de culpabilizar constantemente a sus parejas, nuestros entrevistados parecen admitir su responsabilidad cuando las cosas no salen bien. Algunos reflexionaron sobre el fracaso en sus relaciones de pareja anteriores: “nunca la atendí como ella debía haber sido atendida, como mi esposa”, decía uno mientras explicaba por qué su ex-compañera lo dejó. Otro hombre confesaba ser el principal causante de los conflictos en su relación de pareja actual (“por lo general cuando tenemos conflictos la culpa la tengo yo”). Otros incluso valoraron la entrevista como una oportunidad para “hacerse una autocrítica”.

Una sólida formación y perspectiva ética es otra característica personal compartida entre estos hombres. “No

podría hacer algo que vaya en contra de mis principios”, aseguraba un hombre. Existe en muchos de ellos la necesidad de tener presente sus propias normas para vivir:

Me satisface ser como soy, porque yo considero de que vos te formás tus fundamentos de vida. Porque si sos un tipo que piensa que el rojo o el amarillo es el color de la vida y vos haces valer esa idea, la gente va a llegar a pensar que ese color es el correcto. (técnico electricista, 28 años, urbano)

Uno de los entrevistados con sentidos valores religiosos, encontraba en los principios cristianos su guía para comportarse en la relación de pareja.

Finalmente, dos entrevistados manifiestan una característica personal que le podríamos llamar los “difíciles de enojarse”, para seguir sus propias auto-descripciones. Uno de ellos se describe así:

Ahora difícilmente me enojo. Necesitan estarme fregando mucho para que me enoje. . . soy de un carácter bien pasivo, bien pasivo. Hay situaciones en que otros saltan y se enojan, y yo no. (médico, 45 años, urbano)

De manera similar, el otro dice:

Hasta en el monte me han dicho ‘nunca te hemos visto agresivo’, nunca. Ni en el trabajo lograron que me enojara, por eso me llevo bien con ella y con todos. . . nunca me dejo enojar. (conductor, 29 años, urbano)

La práctica no violenta en estos dos hombres podría ser facilitada por características temperamentales (“soy bien pasivo”) que los hace menos propensos a la irritación emocional y a la impulsividad. No obstante, el elemento fundamental parece radicar en la actitud con que enfrentan posibles conflictos y en la voluntad de “no dejarse enojar” —o de no permitir que el enojo desemboque en conductas agresivas.

En resumen, la importancia dada a la familia, la capacidad autocrítica y la interiorización de una perspectiva ética son las principales cualidades personales compartidas por la mayoría de los hombres entrevistados. Estas cualidades pueden entenderse como la base personal que sustenta el comportamiento no violento de los hombres.

Procesos de cambio

Para algunos hombres estas características personales que sustentan su práctica no violenta es el resultado de un proceso de cambio personal, donde ha habido una ruptura entre pasado y presente; mientras que para otros estas son cualidades adquiridas y desarrolladas como en una línea continua, sin cambios drásticos. En cualquiera de los casos, casi todos mencionan algún tipo de “progreso” en sus relaciones de pareja. Los hombres de mayor edad y con más años de vida conyugal son los que mejor visualizan un proceso de “acomodo” o “amoldamiento” entre ellos y sus parejas:

Al comienzo es difícil amoldarse. Discutíamos mas acaloradamente, habían disputas mas grandes. Ahora no. Nos llevamos más tranquilo. (médico, 41 años, urbano)

Nunca llegamos a tensionarnos, sobretodo en estos últimos años pues. No se si es la experiencia y el paso de la vida. (médico, 45 años, urbano)

Otro importante cambio reconocido por varios hombres radica en el proceso de “formalizarse” en el matrimonio. Estos hombres admiten que al inicio de sus vidas de parejas ellos querían continuar con “la libertad” del hombre soltero sin obligaciones, sin compromiso y abiertos a la “parranda” –de la cual su nueva esposa quedaba excluida:

Nosotros tenemos dieciséis años de casados. Y al principio uno nuevo no se ha acostumbrado a mantener el matrimonio, entonces quiere andar uno con libertad. Y luego no, ya uno a través de los años se hace responsable. Ya hay mayor obligación cuando vienen los hijos. Entonces ya uno quiere retener, y ya viene uno buscando cómo formalizarse más. (agricultor, 37 años, rural)

En este proceso de “formalización” se destaca la superación del alcoholismo en muchos de éstos hombres. La mitad de ellos admitieron haber tenido problemas con el alcohol, los que repercutían en su relación de pareja: “usted sabe que el bolo es tonto y habla tonteras”. Todos estos hombres aseguran haber superado esa etapa, pues llegaron a percatarse de los problemas que les generaba en sus familias.

En cuanto a violencia física, sólo un hombre cuenta de un episodio de violencia, que ocurrió en su primer año de matrimonio, cuando “armó un escándalo” al llegar borra-

cho a su casa y recibir los reclamos de su esposa. Aunque no la golpeó, admite haber destruido cosas y haberla intimidado con una pistola. Casi todos los demás afirman nunca haber ejercido violencia física contra sus parejas (“en 20 años nunca le toque el pelo de la cabeza a esa mujer nunca le di un bolón, nunca le di un jotazo”). Incluso varios expresan haberse comportado “siempre igual” con sus compañeras, estableciendo desde un comienzo relaciones no violentas.

Experiencias de vida significativas

¿Qué ha pasado en la vida de estos hombres que ayude a explicar sus comportamientos no violentos dentro de sus relaciones de pareja? Cuando comenzamos la investigación nos preguntamos si todos estos hombres venían de experiencias diferentes a las del resto de la población masculina nicaragüense. Experiencias que de alguna forma los hacía “especiales” o fuera de la norma tradicional en que la mayoría de los hombres nos socializamos. Sin embargo, al indagar sobre sus historias de vida vemos que no se diferencian significativamente de la infancia que cualquier otro hombre en Nicaragua pudo haber tenido.

Casi todos vienen de familias donde prevalecían métodos tradicionales de crianza: recibieron castigos físicos, fueron educados en la obediencia ciega a los mayores, y les asignaban tareas diferentes a las de sus hermanas. Todos aprendieron de los adultos en sus familias los modelos tradicionales de mujer-esposa-servidora y hombre-jefe-de-hogar. Varios recuerdan los comportamientos machistas de sus pa-

dres, sus borracheras, el maltrato a su madre, los pleitos, el aguante de sus madres a la querida del marido, etc. (“mi papa mantenía sometida a mi mama, no la dejaba salir”). A pesar de lo anterior, la mayoría hablan bien de sus padres, destacan sus aspectos positivos y hasta agradecen los castigos físicos.

Sólo un hombre describe un ambiente menos patriarcal en su familia de origen. Dice haber sido criado en una familia con “amor, comprensión y solidaridad”. Su padre no fue un modelo machista, por el contrario, participaba en las tareas domésticas y fue muy solidario con su madre.

Es interesante encontrar estas tendencias comunes en los hombres dada la diversidad en sus condiciones de vida cuando fueron niños. Algunos, por ejemplo, recuerdan vívidamente la pobreza en su niñez y la necesidad de trabajar desde pequeños para ayudar al sustento familiar. Otros nacieron en hogares con mayores comodidades. Unos se criaron con mama y papa; otros no conocieron a su papa o estaban pequeños cuando sus padres se separaron. Uno vivió siempre con su abuela; otro con su papa y su madrastra. Unos crecieron entre ríos y montañas; otros entre calles y andenes.

Entonces, si sus experiencias de vida no parecen tan diferentes a las de los otros hombres, y si entre ellos hay tanta diversidad, ¿qué los ha influenciado para ser “no violentos”? Cuando les hicimos esta pregunta, casi todos los hombres valoran a la figura paterna como la influencia más importante para su futuro comportamiento no violento (o sea, el padre o el modelo masculino que tuvieron a mano, tales como el abuelo o los tíos). Sin embargo, mientras unos

convivieron con padres violentos y fueron testigos del maltrato sufrido por su madre, otros dicen no haber crecido en un ambiente de violencia. Curiosamente, en ambos casos –ya sea de haber tenido un padre violento o un padre no violento– esa experiencia les ayuda a explicar por qué ellos no son violentos.

Los primeros dicen cosas como, “quise llevar un matrimonio diferente al de mi papa y mi mama”; “me dije no copiar de un mal ejemplo que viví”. Los segundos afirman, “nunca vi el ejemplo de que mi papa le pegara a mi mama”. La diferencia es que los primeros hicieron un compromiso personal de no reproducir la violencia a partir de sus experiencias infantiles. En cambio, los que no presenciaron violencia en sus casas simplemente parecen haber seguido el modelo no violento de sus padres, o quizás hacen referencia a este hecho para explicar (a posteriori) por qué no son violentos.

Además de la influencia del padre, muchos hombres le dan crédito a los consejos recibidos de los adultos, en particular sus madres y padres, sobre cómo comportarse, cómo tratar a las mujeres, la importancia del matrimonio, etc. Algunos –particularmente los criados por madres solteras– también reconocen el estrecho vínculo que establecieron con sus madres, al compartir con ellas las dificultades económicas y sociales para sobrevivir.

Más allá del ámbito familiar, dos entrevistados hablan de las influencias que las organizaciones sociales y políticas han tenido en su visión de las relaciones de pareja. Uno de ellos, quien es líder de una organización en su comunidad,

habla de la importancia de “dar el ejemplo” y “mantener la autoridad moral”:

Nada remediaría yo ser un buen dirigente en una comarca pero tener una mala relación en el hogar, pues eso repercute en la organización. No tendría una buena autoridad moral. (agricultor, 37 años, rural)

Otro menciona la influencia de participar con mujeres en las organizaciones y de “oír” de los derechos de ellas.

En síntesis, las experiencias destacadas de manera consciente por los entrevistados giraron entorno a las relaciones que establecieron con sus padres, madres o figuras parentales adultas, a lo que presenciaron o no presenciaron en sus casas, y a la participación en organizaciones sociales.

VIVENCIAS: BENEFICIOS Y COSTOS DE LA PRACTICA NO VIOLENTA

Esta sección presenta las valoraciones que los mismos hombres hacen de su práctica no violenta en relaciones de pareja. Se divide en las dos tendencias contradictorias manifestada por ellos: los beneficios percibidos gracias al comportamiento no violento en el hogar, y los costos o dificultades que enfrentan por esta práctica.

Beneficios percibidos de la práctica no violenta

El más feliz, ya sea rey o campesino, es quien encuentra la paz en su hogar. (Goethe)

Establecer relaciones de pareja sin violencia, aún en medio de las presiones y burlas machistas, resulta muy gratificante. Así lo confirman nuestros entrevistados al dar numerosos ejemplos de sus ganancias al comportarse sin violencia. Los beneficios que los hombres perciben se pueden resumir en cinco:

Beneficio para l@s hij@s

Esta fue la respuesta más frecuente. El primer beneficio que los hombres identifican al comportarse sin violencia es para sus hij@s. Ante todo, ellos no quedarán con la “psicosis” o el trauma de crecer en una familia donde hay violencia. No tendrán ese “desequilibrio emocional”, decía otro hombre. En segundo lugar, sus hij@s se benefician al obtener un “buen ejemplo” de cómo llevarse en la vida de pareja.

Si ellos ven que hay un buen trato, que nunca hay que levantar la voz, mucho menos la mano, ni una mala palabra hacia ella, entonces espero y creo que ellos tampoco lo van a hacer con sus parejas. (médico, 45 años, urbano)

Armonía, paz y tranquilidad

La calidad de las relaciones familiares, en particular de la relación de pareja, se beneficia inmensamente si no hay violencia contra la compañera. Los hombres hablaron de obtener “más cariño”, “respeto y admiración de sus compañeras”, “paz y tranquilidad”, “un hogar sólido”, “unidad familiar”, “convivencia en buena armonía” y hasta “dormir más tranquilo y más feliz”.

Beneficio “práctico”: la casa funciona mejor

Varios hombres plantearon que otro beneficio de ser “no violentos” es que los planes familiares se cumplen, hay mayor cooperación entre los miembros de la familia, y los problemas externos se atacan con más eficiencia. En fin, “la casa marcha mejor”, como decía un entrevistado. Así lo explica otro:

... ¿Te trae beneficios entonces?

Claro, es decir, porque en caso que haya que hacer algo y yo no esté y que por que sólo yo soy el que mando ahí, entonces tal vez no se va a hacer una cosa, y tal vez es una cosa que urge. Mientras que comunicándonos los dos, tomando decisión los dos, entonces ya ahí sin nece-

sidad que esté yo, ella puede decidir. (comerciante, 29 años, urbano)

Según este hombre, el autoritarismo masculino hace pasiva a la esposa, anulando sus capacidades para tomar decisiones y resolver problemas. Al ser compartida la jefatura de la casa, todo se resuelve mejor y más rápido.

Prestigio

Co-existiendo con la presión social y las burlas por ser “no violentos”, los hombres y sus parejas gozan de buena reputación ante mucha gente. Ganan, entonces, en autoridad moral y respeto en sus comunidades. “Porque llevás una buena vida, aunque sea humilde, pero llevás una buena vida”, comentaba un hombre. Otro decía,

Dicen que nosotros tenemos una relación que nos llevamos bien, que casi no tenemos problemas, o dicen ‘mira como caminan estos, bonita la pareja, caminan no se despegan, para todos lados andan pues’. (agricultor, 34 años, rural)

“Sentirse bien” con uno mismo

Finalmente, hay un beneficio que se manifiesta sólo a lo interno de cada hombre. Varios hablaron de la experiencia personal de “sentirse bien” con uno mismo. La satisfacción por “hacer lo correcto”. Nuevamente aquí se refleja la perspectiva ética mencionada en capítulos anteriores. Un hombre así lo expresa:

Para mi trae un beneficio muy importante como es la moral, las buenas costumbres, la buena relación de pareja. Para mi esos serían los beneficios de una relación así, de no ser violento. Y ser humano sobre todas las cosas. (comerciante, 29 años, urbano)

Dificultades, dudas y contradicciones

La práctica no violenta genera en los hombres experiencias contradictorias. Por un lado ellos perciben beneficios, tal a como fue señalado en la sección anterior, pero por otro cargan con la incomodidad de las presiones machistas, con sus burlas y amenazas de exclusión.

Aunque los hombres “no violentos” tratan de resistir a estas presiones, éstas si hacen mella. Los hace tambalear, dudar (incluso exhibir comportamientos machistas), y constituye un costo a pagar por el comportamiento no violento. Pocos hombres tienen clara conciencia de este costo que pagan –según sus respuestas en las entrevistas. Sólo dos entrevistados admiten la incomodidad generada por comportarse “no violento” en un medio machista:

Bueno hasta cierto punto no. No me trae ningún inconveniente.

Pero ¿hasta cierto punto sí? ¿Qué inconvenientes le trae?
Como por ejemplo con ciertos amigos que me dicen, ‘hombre jodido y vos dejás ir a la mujer . . .’ (agricultor, 57 años, rural)

La primera respuesta de este hombre ante la pregunta de si ser “no violento” trae inconvenientes es no. Pero el entrevistador insiste, y el entrevistado termina admitiendo la incomodidad generada por la opinión de “ciertos amigos”. Otro hombre, al ser preguntado si su forma de relacionarse con su pareja implicaba algún tipo de sacrificio para él, responde,

Ninguno, sabes, no estoy haciendo ningún sacrificio. Lo único, lo único si de que estoy nadando contra una pequeña corriente. (técnico electricista, 28 años, urbano)

“Nadar contra corriente” representa figurativamente el esfuerzo que hay que hacer para mantener su propio estilo de vida, percibido como minoritario y objeto de críticas.

El miedo a la exclusión, al “destierro” de la corporación masculina dominante presiona a muchos de estos hombres a comportamientos machistas, que son contradictorios con sus orientaciones no violentas. Y todo por tratar de complacer a los amigos. . . Así confiesa uno de ellos:

Vos sabés que existe un entorno de relación de que ‘yo soy macho’, me entendés. Entonces cuando estamos platicando –no platicando, mas que todo bromeando– ellos tocan temas, o sea platicamos cosas del maltrato a la mujer y cosas así, o sea en forma de broma, me entendés. Entonces me dicen ‘qué pensás vos flaco?’. ‘Así hay que ser’, les digo yo, ‘hay que ser maldito con las mujeres. . . . hay que hacer zanganadas’. Porque yo sé,

porque ya he intentado tratando de decirles, 'no hombre, no hay que ser así'. Ya lo he hecho, 'no hombre, no hay que ser maldito con las mujeres, hay que ser bueno'. 'No jodás', dicen, 'eso no es así, estás perdido, ya no sos hombre'. Entonces yo ya veo que ya no, que ya no estamos platicando lo mismo, me entendés. Entonces los acepto como son, las bromas, pero bromas para mantenerme no sé, tal vez para mantenerme dentro del círculo de ellos. (electricista, 33 años, urbano)

Este hombre admite la ambigüedad de por un lado reproducir el discurso machista de sus amigos (“hay que ser maldito, hay que hacer zanganadas con las mujeres”), y por otro, intentar cuestionarlos (“no hombre, no hay que ser maldito con las mujeres, hay que ser bueno”). Pero el precio que paga por confrontarlos es muy caro: “No jodás, estás perdido, ya no sos hombre”, le responden sus amigos. Y el ser acusado de “ya no ser hombre” es muy amenazante para su identidad. Finalmente, él confiesa su necesidad de pertenecer al grupo de los “hombres”: “son bromas para mantenerme dentro del círculo de ellos”. Lo contrario es ostracismo.

Por otro lado, las dificultades para mantenerse como no violento muchas veces ocurre en forma de “luchas internas” entre el impulso a imponer o controlar a sus parejas y la conciencia (“el deber”) de ser hombres respetuosos y no violentos. Un hombre confiesa lo duro que fue tener que aceptar que su esposa salga sola y llegue tarde. Cuenta que una vez estaba enojado porque ella no regresaba de una actividad:

. . . Le agarró la noche, vino a las once de la noche, yo no sé qué problema haya sido, por qué viene hasta esas horas. Yo estoy incómodo, independientemente que ella ande en cosas buenas, pues que no ande haciendo ni una cosa mala. Entonces yo de mal modo no le digo nada. Pero ella mira, ya comprende mi semblante y piensa 'este está malo porque yo vine noche'. Y comenzamos a ver inconformidades. Pero hasta ahí, porque yo reconozco que ella tiene su derecho y yo no la puedo tener sólo en la casa, en el trabajo. De una u otra manera ella tiene que divertirse. (agricultor, 57 años, rural)

Este hombre debe “recordarse” que ella “tiene sus derechos”. Aquí se refleja la contradicción entre lo que uno siente (impulso a controlar) y lo que cree y piensa (respetar derechos de las mujeres). Este es un punto crítico. En ese debate interno se juega la práctica no violenta. Nuestro entrevistado parece haberle hecho caso a sus ideales y creencias, aunque percatándose de sus impulsos y sentimientos patriarcales.

Existen más contradicciones, ambigüedades e incoherencias en la vida cotidiana de pareja de estos hombres. Su práctica no violenta realmente no es intachable, o “de una sola pieza”. La socialización machista que recibieron y la presión social conspira contra sus intenciones de establecer relaciones no violentas con sus parejas. Por eso no es de sorprenderse que estos hombres tengan muchas características tradicionales y sexistas, como cualquier otro hombre nicaragüense. La siguiente sección aborda este importante aspecto.

REFLEXIONES FINALES SOBRE LOS HOMBRES “NO VIOLENTOS”

Lo patriarcal de los hombres “no violentos”

En todo hombre (por maravilloso que sea), hay un macho que dormita. (Christiane Collange)

La práctica no violenta de los hombres que entrevistamos no significa que éstos no sean “portadores” de muchos estereotipos sobre los géneros, de expectativas tradicionales hacia sus parejas, y de concepciones patriarcales sobre su propio papel como hombres. El ámbito donde más se evidencia esta situación es en sus actitudes y prácticas sobre el trabajo doméstico. En sus compañeras (y otras mujeres de su familia) recae fundamentalmente esta responsabilidad, incluso en los casos de mujeres que trabajan fuera de sus casas. Además, la expectativa de “ser servido” en la esfera doméstica por sus parejas es manifiesta en muchos de los entrevistados, tal a como lo revela este hombre:

A mi me gustaba que ella me sirviera, mi señora, independientemente que existiera una empleada, a mi me gustaba que ella me preparara la comida, o tal vez ya la comida preparada, pero que ella me la sirviera. (comerciante, 35 años, urbano)

Al igual que cualquier hombre nicaragüense, estas expectativas hacia las mujeres tiene su raíz en la imagen que aprendemos de ellas como madres servidoras que deben ser entregadas a sus hogares. Cuando en las entrevistas les pe-

dimos a los hombres que describieran a sus esposas o compañeras, muchos de ellos enfatizaron sus cualidades para servir dentro del hogar:

Es una mujer sencilla, hogareña, que no le gusta andar de parranda, ni nada, así que sencilla y buena, que hace todos los quehaceres domésticos, no depende de nadie ella. (conductor, 29 años, urbano)

La mujer-esposa llega incluso a confundirse con la imagen de la mujer-madre. En el fondo de la subjetividad masculina estas mujeres (la esposa y la madre) se funden, al representar el mismo papel de servidoras para los hombres:

Ella es una mujer que por eso yo la respeto mucho porque ella trabaja, es entregada a su casa, me quiere mucho, me cuida mis cosas, es entregada a mi como mujer (. . .) se dedica todo el tiempo a la casa hasta ese punto la veo como mi mamá, pues ella toda la vida fue entregada a la casa. (electricista, 33 años, urbano)

. . . Yo la tomo como si fuera una segunda madre para mí. Ella me da comida, me lava, me plancha, me hace todo, entonces pues es una segunda madre para uno, mi esposa. (agricultor, 49 años, rural)

A la imagen tradicional sobre las mujeres se complementa la propia concepción patriarcal que los hombres te-

nemos sobre nosotros mismos, y de la cual nuestros entrevistados no son la excepción. Pero muy pocos hombres “no violentos” manifiestan de manera explícita ser ellos los “jefes de familia” o los que tienen que llevar la iniciativa en la relación. La mayoría parecieran sinceramente creer en la importancia de “decidir juntos” la vida en pareja. Sin embargo, el aprendizaje patriarcal se “cuela” (sin ellos darse cuenta) en sus discursos cotidianos. A manera de ejemplo, veamos como uno de los hombres “no violentos” describe su supuesta actitud abierta y no controladora hacia su pareja:

Yo le digo a ella si algún día quiere ir a ver a su familia o algo, ‘andá’. Si ella me dice ‘voy a ir a tal lado donde una amiga’, ‘andá’. Nunca le reclamo ni las horas en que venga, que nunca no trasnocha, ni nada pues, lógicamente, pero ella tiene totalmente la plena libertad para visitar a quien quiera, para ir a ver a quien quiera, para comprar lo que ella quiera del dinero que le doy. . . si estamos más o menos holgados económicamente, le digo ‘date ese gusto, comprá eso’, cuando ella dice que le gusta algo. O sea yo doy todo ese tipo de libertad. (médico 41 años, urbano)

Este hombre afirma con orgullo que él “da la libertad” a su esposa para salir, para hacer visitas (siempre y cuando no “trasnoche”, conste) y para gastar en gustos personales del dinero que él le da. Como hombre, se concibe fuente de poder, capaz de otorgar cuotas de libertad, permisos y derechos. “El 30% de los hombres creo que cumplimos en esos aspectos que *le han dado el derecho a su mujer*”, decía uno

de ellos. Esto suena como una concesión, casi como un favor, que los hombres (poderosos propietarios) le hacen a las mujeres (desvalidas carenciadas), dándoles libertad, dinero, permisos y derechos.

Muchos hombres entrevistados reflejaron muy sutilmente la necesidad masculina de “dirigir” a sus compañeras. Incluso, cuando en la relación cotidiana de pareja es ella la que ejerce un liderazgo real, los hombres necesitan crearse la fantasía que en el fondo son ellos los que llevan las riendas, pero que “la dejan a ella” para que tome iniciativas. Así era el caso de uno de los entrevistados que trabaja junto a su esposa como comerciante, quien admite la mayor experiencia y capacidad de ella, pero aún así . . .

Las decisiones siempre las lleva ella . . . como ella es la que sabe del negocio, ella es profesional de ese negocio. . . entonces yo la dejo que ella se realice, que ella haga como mejor crea que pueda hacer las cosas. (comerciante, 35 años, urbano)

El “deja que ella se realice”, es decir, él “le da la oportunidad a ella” para ejercer liderazgo en el negocio (otra vez, los hombres “dando” a las mujeres cuotas de poder)

Todas las observaciones anteriores evidencian lo patriarcal en los hombres “no violentos” que entrevistamos. En resumen, muchos de estos hombres –al igual que los otros hombres nicaragüenses– desean ser “servidos” por las mujeres, las conciben a éstas como madres-esposas servidoras de los hombres, se ven a si mismos como poderosos “dadores”

(que dan libertad, permisos, etc.), y necesitan creer que son ellos los que dirigen la relación de pareja.

Dándole forma a los datos

Cuando comenzamos esta investigación nos hacíamos la siguiente pregunta: ¿Podemos identificar factores o elementos comunes que ayuden a explicar la práctica no violenta de algunos hombres en relaciones de pareja, tomando en cuenta la socialización machista, nuestra historia nacional llena de guerras y violencia, y las presiones que reciben los hombres para comportarse violentos? La respuesta provisional que podemos ofrecer es bastante compleja. Hay experiencias de vida, cualidades personales, razonamientos y personas que han ayudado a construir en estos hombres una práctica no violenta en sus relaciones de pareja. Además, sus propias prácticas no violentas y el crédito que reciben por comportarse así ha formado en ellos una auto-conciencia como hombres “diferentes”, “no violentos”, que los compromete a preservar tal identidad. Por otro lado, los beneficios que perciben de su práctica no violenta funcionan como motivadores y como prueba que vale la pena comportarse sin violencia con la pareja. Y, finalmente, muchos de estos hombres desarrollaron procesos personales de cambio.

El gráfico #1 (página 118) integra la mayoría de las dimensiones de vida que analizamos de los hombres “no violentos”. Representa una integración de los resultados obtenidos en las entrevistas con los hombres “no violentos” que participaron en esta investigación:

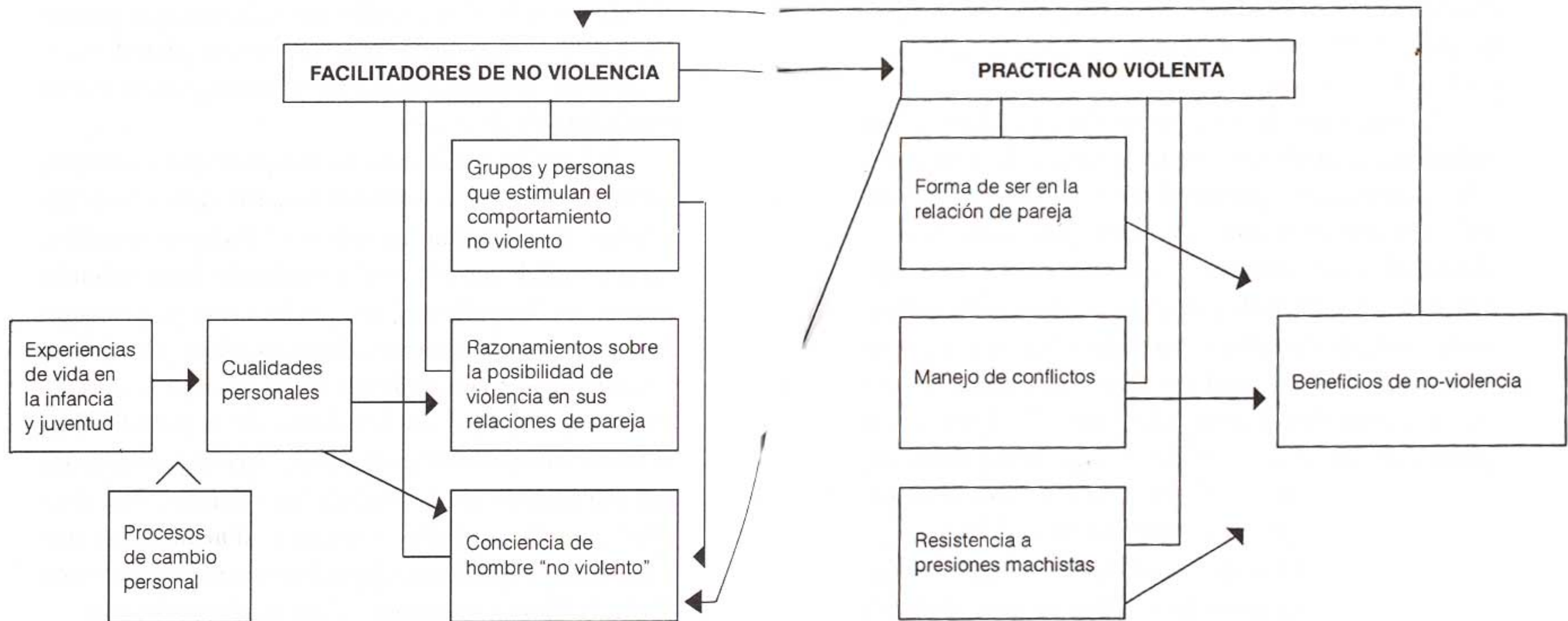
Como se puede apreciar en el gráfico, las experiencias de vida en la infancia y juventud de los hombres entrevistados marcan el inicio de su formación personal. Entre ellos, algunas de sus experiencias son similares y otras diferentes. Además, las infancias de los hombres “no violentos” reflejan el proceso de socialización que vive la mayoría de los hombres nicaragüenses. Debido a que no identificamos en estos hombres un tipo particular de experiencias diferente al de los otros hombres, resulta más difícil explicar por qué éstos sí desarrollan una práctica no violenta y los otros no. Es necesario profundizar con nuevas investigaciones en este importante eje de análisis.¹

Siguiendo con el gráfico, vemos que las cualidades personales constituyen el contexto personal desde el cual los hombres se comportan “no violentos”. La formación ética, la capacidad de autocrítica y la orientación hacia la familia parecen ser “ingredientes” personales claves para desarrollar y mantener el comportamiento no violento. Desde estas cualidades personales podemos entender mejor los razonamientos que tienen estos hombres sobre la posibilidad de violencia en sus relaciones de pareja, así como la conciencia que han desarrollado de hombres “no violentos”. Esta identidad como “no violentos” también es alimentada por personas y grupos que dan crédito por sus conductas (por eso la flecha de “Grupos y personas . . .” a “Conciencia de no violento”). Estas tres dimensiones: personas y grupos que animan,⁴ razonamientos y conciencia de “no violento” constituyen los facilitadores inmediatos que anteceden la práctica no violenta. Esta práctica, a su vez, no sólo implica abstenerse

Interrelación de factores estudiados sobre los hombres "no violentos" (gráfico 1)

Contexto socio-cultural machista

Contexto socio-cultural machista



de violencia a la hora de conflictos de pareja, sino también una forma diferente de ser y relacionarse con la pareja. La práctica no violenta también se manifiesta en la resistencia a las presiones y burlas de los otros hombres. Finalmente, están los beneficios de comportarse no violento con la pareja, los que a su vez ejercen un efecto motivador para mantenerse no violento (por eso la flecha de “Beneficios” a “Facilitadores”). Todo este proceso de interrelaciones en las dimensiones de vida de los hombres “no violentos” está profundamente afectada por el contexto histórico, social y cultural de nuestro país.

La otra parte de la respuesta a la pregunta de cómo explicamos la práctica no violenta a pesar de la socialización machista es la siguiente: el hecho que sean “no violentos” no significa que sean hombres no patriarcales. A como vimos en la sección anterior, nuestros entrevistados “no violentos” tienen mucho de patriarcas, con arraigadas concepciones tradicionales sobre el papel de los hombres y las mujeres. Por lo tanto, su práctica no violenta coexiste con sus creencias masculinas tradicionales. Aún más, algunos comportamientos no violentos se basan en creencias patriarcales —como el razonamiento de que golpear a una mujer es antimasculino porque las mujeres son “seres débiles”.

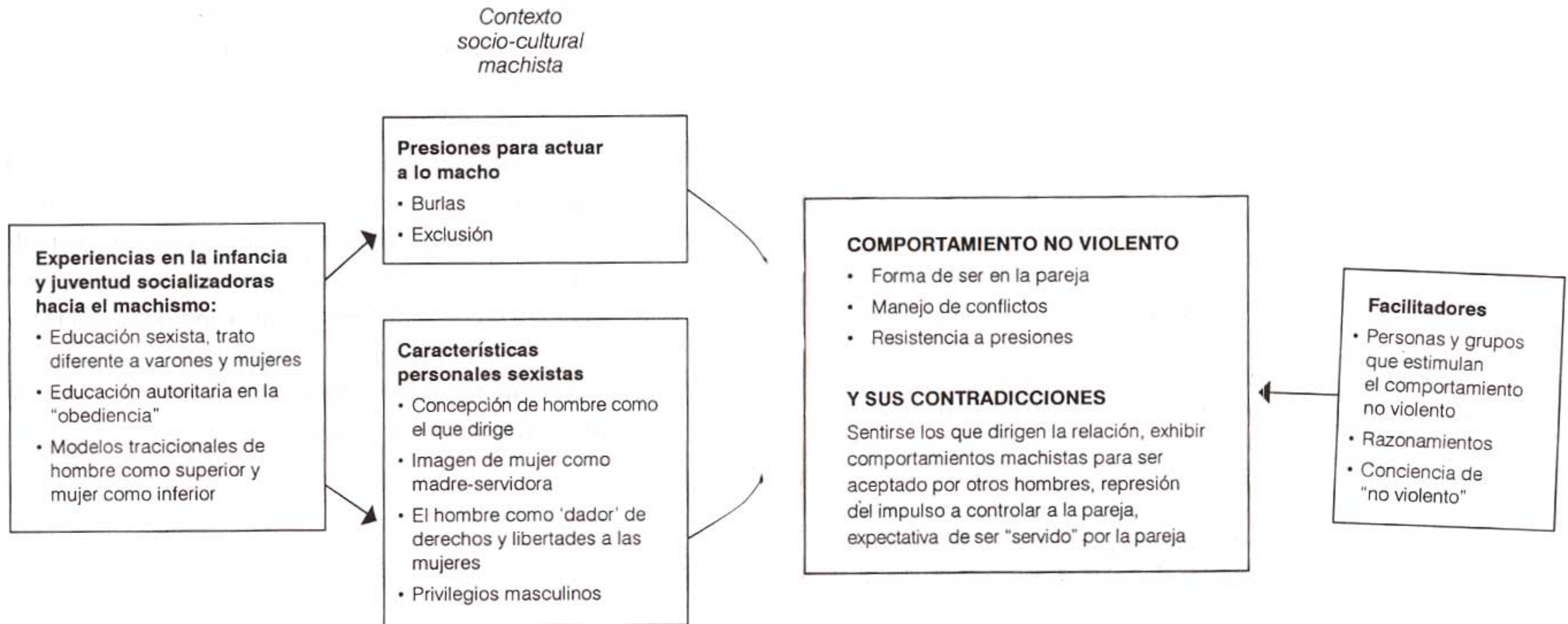
De alguna forma estos hombres viven una contradicción. Su práctica no violenta se encuentra en medio de un “fuego cruzado”. Hay factores personales y sociales que de un lado fomentan la práctica no violenta y, otros factores personales y sociales que la atacan y los presionan a compor-

tarse machistas y violentos con sus parejas. El gráfico #2 (página 122) presenta visualmente esta dinámica.

Nótese que el contexto social, en términos generales, no promueve el comportamiento no violento. Por el contrario, es uno de los obstáculos más difícil de enfrentar, manifestado concretamente en las presiones que estos hombres reciben para comportarse de forma violenta. Ya lo decía uno de nuestros entrevistados, “estoy nadando contra una corriente”.

Pensando en un trabajo educativo con los hombres, la principal conclusión que nos lleva esta “correlación de fuerzas” presentada en el gráfico #2 es la urgente necesidad de fortalecer ese lado de la contradicción que facilita el comportamiento no violento. El siguiente capítulo señala la necesidad de profundizar en las lecciones que podemos sacar de estos resultados de investigación para una labor educativa anti-violencia con los hombres.

“Fuego cruzado” (gráfico 2)

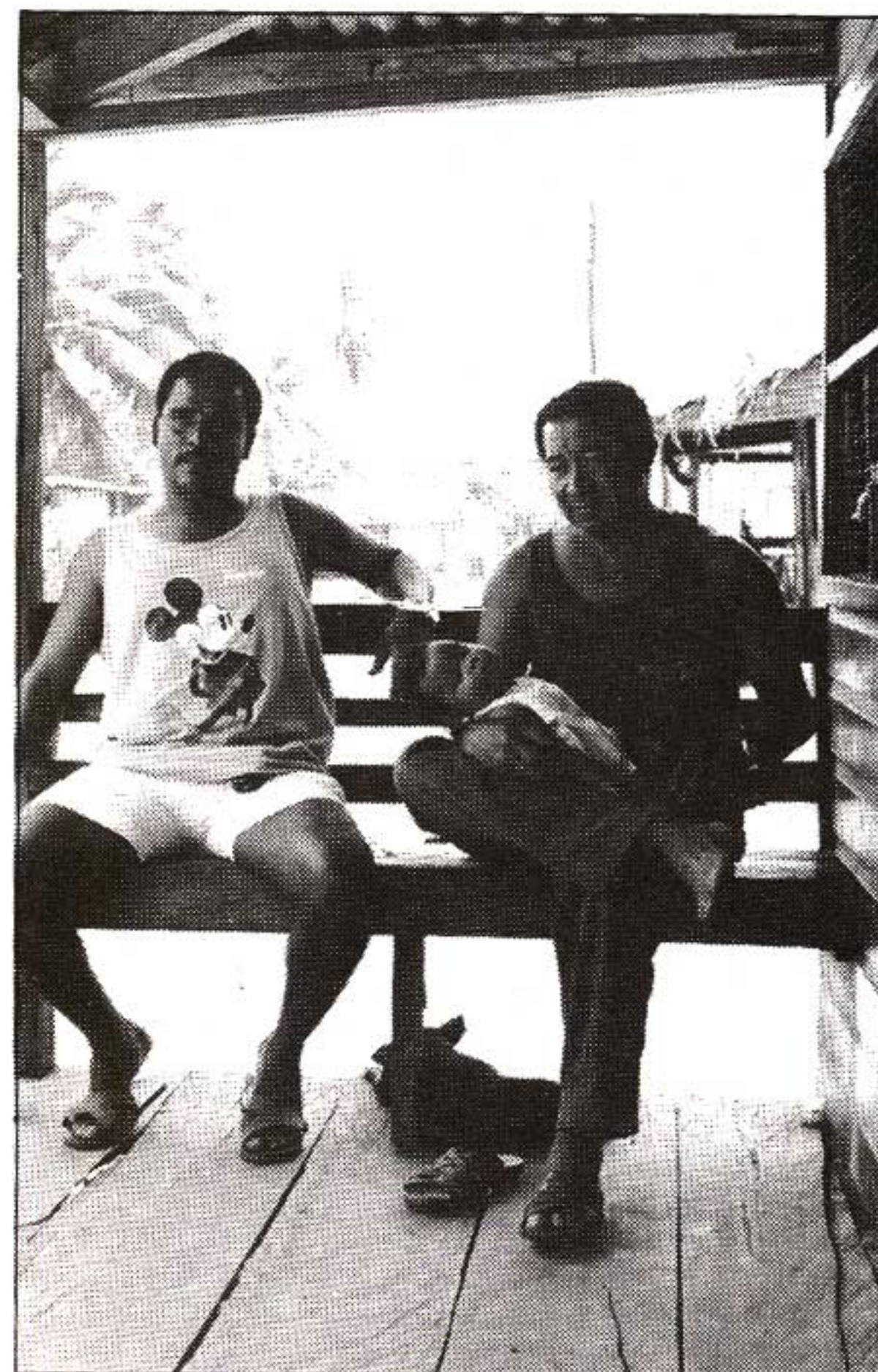


Notas

1. Muchos estudios muestran la asociación entre haber sufrido abuso físico o emocional en la infancia y comportarse violento en la adultez (Miedzian, 1991). Aunque todos nuestros entrevistados admiten haber recibido castigo físico como método disciplinario, ninguno revela haber sido rechazado emocionalmente o maltratado severamente por sus padres o tutores adultos. Por el contrario, muchos contaron del estrecho vínculo y admiración hacia sus padres, lo cual puede ser un factor contribuyente a su formación “no violenta”. Por otro lado, la teoría del aprendizaje social (Bandura, 1973) plantea que el medio social ofrece a l@s niñ@s modelos de roles violentos que éstos internalizan como un patrón de conducta que puede ser “activado” en su vida adulta. En consecuencia, los niños también aprenden comportamientos violentos al presenciar violencia entre sus padres. Sin embargo, los resultados de esta investigación sugieren que no hay una relación mecánica causa-efecto lineal, al encontrar hombres “no violentos” que vienen de experiencias familiares totalmente opuestas: unos que presenciaron violencia entre sus padres y otros que no. Debido a que estos datos provienen de una muestra pequeña, necesitamos nuevos estudios que clarifiquen cómo las experiencias de vida en la infancia influyen la conducta violenta o no violenta de los hombres en su vida adulta.

6

Conclusiones



6

Conclusiones

EN ESTE CAPÍTULO FINAL presento una reflexión sobre lo que hemos aprendido de los hombres que entrevistamos y del análisis de las memorias de talleres sobre masculinidad. Desarrollo esta reflexión a la luz de nuestra perspectiva teórica y de las implicaciones políticas que estos conocimientos tienen para nuestro trabajo por prevenir la violencia masculina y transformar la masculinidad patriarcal. Además, presento un breve análisis comparativo entre los hombres que ejercen maltrato sistemático contra sus parejas y los hombres que hemos llamado “no violentos”. Este análisis lo complemento con resultados de otros estudios sobre violencia masculina. Finalmente, sugiero futuras etapas de investigación que permitirán mejorar nuestro trabajo educativo con los hombres nicaragüenses.

LAS MASCULINIDADES' Y NUESTROS PROYECTOS DE CAMBIO

Una conclusión de este estudio es constatar que a pesar de la práctica no violenta de algunos hombres, todos los hombres que estudiamos reproducen la cultura masculina patriarcal que prevalece en nuestro país. Tal a como lo planteamos en la perspectiva teórica, el modelo hegemónico de “ser hombre” –caracterizado entre otras cosas por la dominación hacia las mujeres, la heterosexualidad obligatoria, el protagonismo en el mundo público, la posesión de bienes materiales y la violencia– son poderosos referentes en la construcción de la identidad individual de cada hombre.

No hay hombre que sea fiel copia de esta representación cultural dominante de la masculinidad. En nuestro país existen otras prácticas masculinas que desafían –aún parcialmente– el modelo hegemónico. Los hombres que para fines de esta investigación llamamos “no violentos” reflejan un tipo de práctica que se *desvía* del modelo hegemónico masculino al practicar una forma diferente de ser en la relación de pareja, donde prevalece el cuidado de la relación, la aceptación de la influencia de la esposa, la cooperación, y el sentido de un proyecto familiar común y compartido. Aunque estos hombres todavía tienen comportamientos hacia sus parejas donde caen en maltrato emocional y ejercen cierta actitud controladora y autoritaria, esta tendencia no representa un patrón sistemático y recurrente en sus relaciones de pareja, lo cual los hace significativamente distintos a los otros hombres.

Sin embargo, estos hombres “no violentos” siguen siendo patriarcales al concebirse líderes de sus relaciones de pa-

rejas, proveedores de derechos y libertades a las mujeres y mercedores de servicios domésticos –para mencionar algunas de sus tendencias patriarcales. La práctica no violenta de los hombres, por lo tanto, resulta ser compatible con la masculinidad patriarcal. Es decir, los hombres pueden mantener posiciones de dominación en sus relaciones de pareja y, a la vez, apartarse del golpe, los gritos, la humillación, la supervisión, las amenazas, la imposición forzada, etc.

Esta compatibilidad entre la práctica no violenta y la dominación masculina encierra el riesgo de mediatizar los esfuerzos por transformar la masculinidad patriarcal y eliminar la injusticia de género. Los sueños por establecer relaciones de equidad y justicia entre hombres y mujeres podrían quedar literalmente *a medias* si los hombres creemos que con ser “no violentos” nos volvemos “igualitarios”. Porque aunque el poder masculino deje de ser brutal y descarado, siempre sería el poder masculino sobre las mujeres.

Algunas reflexiones de los hombres en los talleres de masculinidad muestran este riesgo: Un hombre exhortó a los otros participantes a “no abusar del poder” en nuestras relaciones con las mujeres. Usando la analogía del “gobierno y el pueblo”, dijo que hay gobiernos que abusan del poder y reprimen a la población, pero hay otros gobiernos “buenos”, concluyendo que nosotros los hombres debemos ser como esos buenos gobiernos dando un buen trato a las mujeres. En otro taller, otro hombre dijo que la lucha no puede ser para “cambiar la cultura”, sino para que no lleguen más mujeres al hospital o a la estación de policía con el ojo morado. Un tercer hombre en otro taller luego de ver un dra-

mático video de maltrato doméstico llegó incluso a decir que los hombres necesitamos “dosificar” la dominación.

Los resultados de este estudio que confirman esta compatibilidad entre una práctica no violenta y la dominación masculina nos obliga a hacernos la siguiente pregunta: ¿cómo contrarrestar la violencia de los hombres *sin* reforzar o ignorar la cultura de dominación masculina? Necesitamos promover una identidad masculina que no autorice a los hombres a ejercer violencia contra las mujeres. Las miles de mujeres nicaragüenses que a diario son objeto de violaciones a sus derechos humanos más elementales no deja la menor duda de la urgencia por hacer este trabajo con los hombres. Pero no lo debemos hacer a costa de promover al “buen patriarca”.

En ese sentido, una lección que podemos sacar de este estudio es la necesidad de promover en los hombres la práctica no violenta como *un componente* de una nueva forma de masculinidad no basada en el dominio. En otras palabras, la práctica no violenta puede ser promovida como un *requisito básico* para formarnos como hombres equitativos y respetuosos en nuestras relaciones con las mujeres, dejando claro que no es suficiente y que falta “mucho caña que moler”. De esta forma, abordamos de manera específica el urgente problema de la violencia masculina contra las mujeres sin renunciar al proyecto estratégico de transformar la masculinidad patriarcal.

Creemos que en Nicaragua hay muchos hombres “no violentos” como los que entrevistamos para esta investigación. Estos hombres son “tierra fértil” para un trabajo educativo que cultive nuevas formas de ser hombre, más allá de los man-

datos patriarcales. Recordemos que estos hombres no han tenido una experiencia educativa sistemática de sensibilización sobre las desigualdades de género o la violencia contra las mujeres (un criterio para seleccionarlos en la muestra fue que no hubiesen participado en talleres de género ni en los grupos de hombres contra la violencia). Aún así, sus prácticas conyugales son una forma de resistencia a la masculinidad patriarcal, aunque permaneciendo dentro de la misma. ¿Qué mejor prueba que sus comportamientos atentan contra el modelo hegemónico de masculinidad que la burla y acusación de “cochones” que reciben de parte de otros hombres? Al transgredir un componente del modelo patriarcal, los hombres “no violentos” son simbólicamente excluidos de la “legítima” masculinidad. El reto con estos hombres sería entonces avanzar con ellos hasta el cuestionamiento del poder masculino.

SEMEJANZAS Y DIFERENCIAS ENTRE LOS HOMBRES

Aunque el proceso de recolección de datos y el modelo de análisis no fue diseñado para desarrollar comparaciones sistemáticas entre los dos grupos de hombres estudiados, sí podemos extraer pistas para iniciar este tipo de análisis. Las expectativas y temores masculinos en las relaciones de pareja que presentamos en la primera parte de esta publicación son relevantes para todos los hombres entrevistados. Al igual que los hombres que maltratan sistemáticamente, los hombres “no violentos” también esperan una cierta disposición de sus parejas para la servidumbre, la dependencia, y la aceptación

del liderazgo masculino. No obstante, si los comparamos con los primeros, los “no violentos” parecen menos rígidos en sus expectativas hacia la relación de pareja y están más dispuestos a negociar, a aceptar la influencia de sus compañeras y a llegar a arreglos de pareja menos desiguales para las mujeres. Los procesos de cambio que llamamos de “acomodo” y “amoldamiento” a la relación de pareja y la capacidad de ceder en momentos tensos de la relación son una prueba de esta flexibilidad de los “no violentos” en sus mandatos patriarcales.

Quizás como consecuencia de lo anterior, otra diferencia entre hombres “no violentos” y hombres que ejercen maltrato sistemático está en que los últimos tienen relaciones más conflictivas con sus parejas. Las entrevistas con estos hombres revela la presencia de enojos, disputas constantes y malestares permanentes entre ellos y sus parejas. No es que las relaciones de pareja de los “no violentos” estén libres de conflictos, pero su ocurrencia es significativamente menor que la de los otros hombres. Pensamos que esta menor ocurrencia de conflictos en las relaciones de pareja de los hombres “no violentos”, vista desde los propios hombres, puede ser una consecuencia directa de la práctica no violenta. Esto quedó manifiesto en el beneficio percibido por los hombres “no violentos” de tener relaciones más satisfactorias con sus parejas.

Los resultados de esta investigación también permiten formular la hipótesis que los hombres “no violentos” tienen mayor capacidad para anticipar las consecuencias negativas del maltrato doméstico, en comparación con los hombres que maltratan. Asimismo, los “no violentos” mues-

tran consideración positiva y aprecio por sus compañeras. Hay indicios también que éstos son capaces de establecer empatía hacia sus parejas; es decir, pensar en el bienestar de ellas como personas y tomar en cuenta sus perspectivas y sentimientos.

Otros estudios con hombres en el tema de la violencia respaldan estas hipótesis. Partiendo de una revisión de estudios psicológicos sobre el tema, Miedzian (1991) señala que la capacidad de empatía hacia los demás disminuye las posibilidades que los hombres actúen con violencia. Desde esta perspectiva, un causal de la violencia masculina es la incapacidad de empatía hacia otras personas; es decir, hay una “falta de imaginación” para darse cuenta que el acto violento daña y lastima a otras personas.

Adams (1991) llega a conclusiones similares en un estudio comparativo entre hombres maltratadores y hombres no maltratadores al identificar que los primeros tienen menos empatía y consideración positiva hacia sus parejas que los no maltratadores. Además, el autor encontró una fuerte asociación entre el maltrato a la pareja y la percepción de derechos exclusivos por parte de los hombres. A pesar de lo anterior, su estudio no encontró diferencias entre los dos grupos de hombres en sus actitudes hacia las mujeres, al presentar ambos grupos actitudes tradicionales. Este último hallazgo es totalmente congruente con los resultados de esta investigación, en donde tanto los hombres “no violentos” como los hombres que maltratan conciben a sus parejas mujeres como madresposas servidoras, dependientes y necesitadas de la dirección masculina.

LO PENDIENTE EN AGENDA

Más que concluir, los resultados de esta investigación abren puertas para profundizar con nuevos estudios sobre las prácticas y mentalidades de los hombres nicaragüenses en relaciones de pareja con mujeres. Este estudio ha explorado un terreno relativamente nuevo de conocimientos sobre las masculinidades en Nicaragua y, obviamente, no puede hacer justicia a las múltiples oportunidades de profundización y análisis que se presentan al conducir entrevistas cualitativas con hombres.

Al inicio se mencionaba que nuestra búsqueda de conocimientos se orienta primordialmente a mejorar la efectividad del trabajo de educación antisexista y anti-violencia que desarrollamos con los hombres. Siendo así, ¿qué nos hace falta saber para “llegar” a los hombres persuasivamente? Desde los conocimientos producidos en este estudio, se pueden sugerir los siguientes puntos pendientes en nuestra “agenda” investigativa:

Análisis comparativo entre hombres “violentos” y hombres “no violentos”

Es necesario profundizar en un análisis comparativo entre hombres que ejercen maltrato sistemático contra sus parejas y aquellos que no lo ejercen para encontrar “puentes” entre ambos grupos de hombres que nos permita incidir en ellos. Esto implica diseñar y conducir procesos de investigación que produzcan información empírica sistemática y equitativa de cada grupo de hombres, de tal forma que sea comparable.

Como parte de este análisis comparativo, es prioritario identificar semejanzas y diferencias en las expectativas y temores en torno a las relaciones de pareja de los hombres “no violentos” y los que maltratan. Esto permitiría, por ejemplo, valorar si los beneficios que perciben los hombres “no violentos” por su comportamiento en sus relaciones de pareja tienen alguna relevancia para los otros hombres. Si es el caso, en nuestras campañas educativas podríamos ofrecer a los hombres que maltratan esos beneficios de la práctica no violenta.

Análisis de significado de términos claves

Necesitamos analizar los múltiples significados culturales que tienen ciertas palabras y frases usadas por los hombres para describir y evaluar sus relaciones de pareja con mujeres. No podemos dar por entendidos conceptos tan cargados de significados, tales como “amor”, “respeto”, “comprensión”, “tranquilidad”, “unidad familiar” y “conflictos” –para mencionar algunos. Cada uno de estos conceptos pueden significar diferentes cosas para diferentes hombres. Necesitamos saber, por ejemplo, si detrás de palabras como “unidad familiar”, se esconden concepciones autoritarias de las relaciones familiares. Necesitamos aprender los significados particulares que diversos hombres o grupos de hombres dan al lenguaje que utilizan para hablar de sus relaciones de pareja y de la violencia.

Los posibles significados del concepto “familia” y los valores que los hombres atribuyen a este ámbito de la vida es central para nuestro trabajo educativo. Una de las cualidades personales de los hombres “no violentos” que identi-

ficamos en esta investigación fue la orientación hacia la familia, como un ámbito prioritario para sus vidas. Sin embargo, necesitamos profundizar el por qué para estos hombres la familia es tan importante, qué representa para ellos, y compararlo con la actitud hacia la vida familiar que tienen los hombres que maltratan a sus parejas. Es muy probable que también exista un tipo de hombres maltratadores que den prioridad a la vida familiar al concebirlo como su espacio privilegiado, su feudo, donde pueden ejercer control y autoridad sobre otras personas, afirmando así su identidad masculina. Es muy importante dilucidar estos significados para poder diseñar mensajes contra la violencia intrafamiliar sin reforzar la dominación masculina.

Otro concepto que parece tener significados totalmente diferentes para hombres maltratadores y hombres no maltratadores es el de “tranquilidad” o de “tener una relación de pareja tranquila”. Algunos datos de esta investigación sugieren que mientras para los “no violentos” una relación tranquila significa que ambos (él y ella) se sienten bien, y que existe reciprocidad y comunidad de intereses, para los hombres que maltratan tranquilidad equivale a que ella “no reclame”, “no proteste”, y “haga caso”. Necesitamos más datos empíricos que ayuden a clarificar este eje de análisis.

Análisis de la dinámica de la relación de pareja

En el estudio de los hombres “no violentos” debemos abordar un eje de análisis que no profundizamos en esta investigación: el factor de “la pareja mujer”. ¿Qué cambios se darían en los hombres “no violentos” si sus compañeras cuestionaran

activamente la subordinación y dependencia en sus relaciones de pareja? ¿Abandonarían su práctica no violenta para imponer el poder masculino en la relación? ¿O se engancharían en un proceso de cambio, junto con ellas, para construir una relación de pareja igualitaria? Este es un eje de análisis fundamental si tomamos en cuenta que la conducta personal en una relación de pareja está profundamente afectada por la dinámica misma de la relación, en donde a pesar de la desigualdad de poder, existe un proceso de interacción entre dos personas.

Análisis de la diversidad masculina

Finalmente, para profundizar en las múltiples relaciones y posibilidades entre masculinidad y violencia conyugal, necesitamos diversificar nuestro análisis sobre los hombres más allá del binomio “hombres violentos” - “hombres no violentos”. Dentro de la primera categoría podemos diferenciar entre hombres perpetradores de violencia física caracterizados por una alta frecuencia o severidad en su agresión contra sus parejas, hombres que ejercen violencia física con menor frecuencia o severidad, y maltratadores psicológicos que no agreden físicamente a sus parejas. En la segunda categoría es posible discriminar entre hombres que siempre han sido “no violentos” y hombres que en el pasado ejercieron violencia contra sus parejas y cambiaron de manera notable (como el alcohólico que deja de ingerir licor). Otro grupo que se puede analizar es aquel que quizás podríamos identificar como el más cercano a una masculinidad que busca la igualdad, es decir, que su práctica no violenta es

tan sólo una dimensión que acompaña otras prácticas igualitarias. Para nuestras campañas educativas necesitamos ir construyendo esta diversidad de “perfiles culturales masculinos” según sus valores y prácticas en sus relaciones de pareja.

“Nadando contra corriente” sigue representando un desafío a una práctica masculina todavía dominante en nuestra Nicaragua: el control, autoritarismo y maltrato físico, emocional o sexual a la compañera o esposa. Desde el trabajo de investigación y educación, y desde los movimientos sociales, queremos contribuir a cambiar el rumbo de la corriente cultural de dominación y subordinación para que nuestra Nicaragua sea una nación donde hombres y mujeres vivamos en relaciones de respeto, equidad y justicia.

Notas

1. En Puntos de Encuentro estamos debatiendo el significado teórico y los alcances del término “masculinidad” y si es apropiado hablar de masculinidades o, mas bien, de diferentes vivencias y prácticas masculinas.

Bibliografía

- Adams, David (1991). *Empathy and entitlement: A comparison of battering and nonbattering husbands*. Disertación doctoral no publicada. Northeastern University. Boston, MA. USA.
- Bandura, Albert (1973). *Aggression: A social learning analysis*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall.
- Connell, R.W. (1995). *Masculinities*. St Leonards, Australia: Allen & Unwin.
- Edley, Nigel y Wetherell, Margaret (1997). Masculinity, power and identity. En Mac an Ghail, M. (Ed) “*Understanding Masculinities: Social relations and cultural arenas*”. Philadelphia: Open University Press
- Ellsberg, Mary; Peña, Rodolfo; Herrera, Andrés, et.al (1996). *Confites en el infierno*. Managua: Departamento de Medicina Preventiva, UNAN-León.
- Lagarde, Marcela (1990). *Cautiverio de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México: UNAM.
- Lancaster, Roger (1993). *Life is hard: Machismo, danger and the intimacy of power in Nicaragua*. Los Angeles, CA: University of California Press.
- Kaufman, Michael (1991). *La paradoja del poder*. Santo Domingo, República Dominicana: CIPAF
- Miedzian, Myriam. (1991). *Boys will be boys: Breaking the link between masculinity and violence*. New York: Anchor Books